REÑACA

Reminiscencia de

Teresa Hamel

Bravo y Allende Editores

TERESA HAMEL

20.04.1918 / 18.03.2005

La escritora Teresa Hamel, destacada exponente de la "generación del 50", se educó en el Colegio "Saint Geneviève" (París) y en las "Monjas Francesas" (Viña del Mar), y más tarde en "New York Windows Display", de la Universidad de Nueva York. Sus variadas aptitudes la hicieron tomar cursos de Literatura, Teatro y Cine en la Universidad Católica, como también un curso de Literatura Contemporánea, en la Sorbona (París). De este modo su vida se desenvolvió en torno de la literatura, el cine, el teatro y la decoración. Teresa Hamel compartió la buena amistad de poetas y narradores señeros, de artistas que hicieron suyas las luchas de su pueblo y en que ella fue parte activa. Amiga de Pablo Neruda y Matilde, fue testigo directo, íntimo, de las grandes alegrías de nuestro Nobel; también de sus desgracias y de su muerte en un septiembre vivo en la memoria.

La publicación póstuma de estas memorias recoge hechos y remembranzas de su vida.

R E Ñ A C A

REMINISCENCIA DE TERESA HAMEL

Se prohibe cualquier tipo de reproducción total o parcial. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, trasmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos o químicos, incluidas las fotocopias y páginas de internet.
El editor autoriza citas en revistas, diarios o libros, siempre que se mencione la fuente.

© Herederos de Teresa Hamel
© Bravo y Allende Editores
Primera Edición 2005
Inscripción Nº 139.542
I.S.B.N. 956-307-000-3

FUNDACION PABLO NERUDA

Portada:
Teresa Hamel

Se terminó de imprimir en el mes de
Noviembre de 2005
en Ventrosa Impresores

Impreso en Chile / Printed in Chile.

R E Ñ A C A

REMINISCENCIA DE TERESA HAMEL

Santiago de Chile

PROLOGO

EL LARGO VIAJE DE TERESA HAMEL

Pablo Neruda la llamaba "la ola marina" y escribió " se puede perder todo en la vida menos un dedo de Teresa Hamel". Durante veintitres años de la vida del poeta fue una de sus amigas más próximas y constantes. Le acompañó en su lecho de agonía en los días terribles de Septiembre de 1973 y ayudó a depositar su cuerpo en un ataúd que no fue negro ni lúgubre. Fue uno de sus mayores dolores en una existencia en la que nunca se apagó un insaciable conocimiento del mundo en el que vivió durante ochenta y siete años.

Descubría a diario las maravillas del universo y de los seres humanos. Nada le era indiferente: ni el milagro de las flores y los árboles, ni el amor ni alegría de la gente, de cuyos tumultos interiores se ocupó en sus once libros de notable prosa y de profunda penetración. Cumplió con todos los deberes que algunos humanistas señalan como indispensables en nuestro breve tránsito biológico.

No construyó a su alrededor las cómodas murallas de los favorecidos por la fortuna material. Abrió todas sus puertas al universo y a la época y los días que salieron a su encuentro. Se casó, fue madre de dos hijos, viajó por el mundo, se comprometió con las angustias y las esperanzas de la mayoría, enfrentó riesgos físicos, expresó sus sentimientos, ideas y visiones en sus libros que no escribió en busca de una gloria literaria que nunca le importó. Fue generosa en la amistad y la solidaridad. Decía que la vida sin amor y sin magia era lo más parecido a la muerte. Y vivió con pasión y tenacidad hasta sus últimos días.

En las reuniones sociales siempre elegía estar en un segundo plano, no le disputaba a nadie la figuración o la pequeña gloria de los oropeles. Le importaba más ser útil y necesaria. No hacía alarde de sus libros que eran una parte importante

de sus preocupaciones. Prefería que los lectores dieran cuenta de ellos y le comunicaran sus méritos o defectos. Si alguien decía que sus personajes de ficción – casi siempre mujeres- le había conmovido o entretenido estimaba que había cumplido con sus objetivos. Se consideraba parte del gremio de los escritores y de sus derechos a publicar sus libros, a ser reconocidos y a vencer la indiferencia, la pobreza y el olvido que amenazan a muchos condenados a un reconocimiento futuro, después de su desaparición física.

"Reminiscencia" es su libro póstumo. El número doce. Escribió nueve volúmenes de cuentos y crónicas y dos novelas. Señalamos algunos de sus títulos que los cronistas literarios han asimilado a los innovadores bríos de la generación del cincuenta: "El Contramaestre", "Raquel Devastada", "La Noche del rebelde", "Verano Austral"," Leticia de Combarbalá". Su cuento "Dadme el derecho a existir" ganó en su oportunidad el Premio Julio Cortázar de la Biblioteca Cornelio Saavedra de Argentina y fue editado y ampliamente difundido como un relato magistral. Talvez Teresa Hamel tenía la intención de escribir sus memorias de sus primeros y últimos años, evocar con detalles entrañables e íntimos a su familia y al mundo, de sus primeras sensaciones, trazar el perfil de sus amigos más queridos, comunicar sus experiencias en la historia de un país que amó desde sus raíces hasta su entorno social. Escribió algunos apuntes, los corrigió con el celo que le caracterizaba, pero sus enfermedades y la postración vencieron su resistencia física y sólo le permitieron ordenar algunas páginas. Son las que contienen esta "reminiscencia". De todos modos es un libro de ricas evocaciones, de resurrección de paisajes y personajes, de estampas rápidas como una película colorida y nostálgica.

Teresa Hamel nació en Viña del Mar el 20 de Abril de 1918 y murió en Santiago, el 18 de Marzo de 2005. Su padre, Gastón Hamel, fue un químico inventor de empresas inéditas, en una época en que la industrialización sólo era preocupación de los que invertían sus capitales en la explotación del carbón o del oro blanco del salitre que iniciaban su decadencia y desataban el infortunio de la cesantía, la emigración y las ollas comunes de los trabajadores. Hamel exploró petróleo y fue pionero de su refinación en Chile, le gustaban los grandes proyectos y ponía manos a la obra sin considerar el escepticismo y los cortos alcances de quienes creían que era imposible llevarlos a cabo. Se casó en 1912 con Luisa Nieto de la Vega, una joven semi española cuya fe católica la impulsó siempre a ayudar al prójimo desvalido socorriendo a los cesantes del Norte y a los niños desnutridos en una institución llamada "La gota de leche". Don Gastón fue un adelantado de la industria petroquímica.

Fundó una fábrica de aceite y de lubricantes, creó la primera planta refinadora de petróleo, incursionó con éxito en experimentos químicos. Tenía una decidida vocación de servidor público y fue Alcalde de Viña del Mar durante varios períodos e Intendente de la provincia de Valparaíso. Se empeñó en que el Parlamento aprobara una ley de juego que dio lugar al funcionamiento del casino que mucho ayudó al desarrollo de la ciudad. Asimismo creó el Teatro Municipal y pavimentó el camino de Viña a Concón. Compró la Hacienda Reñaca, una tierra de rulo en la que sólo había arenas. Con agua de vertientes la convirtió en una bella quinta de árboles y plantas exóticas aunque su intención era criar ovejas y cultivar lino.

En estas reminiscencias, Teresa Hamel recuerda que a los cuatro años asistió a la inauguración del llamado Puente Los Piqueros que unía a Viña con Concón. Caminó de la mano de don Emiliano Figueroa "jamás – dice- había conocido a un Presidente de colero, barba blanca, colorados cachetes, en chaqué de cola y con un sorprendente clavel en el ojal traído de La Serena". En 1925 Reñaca sólo era un fundo de la costa, semejante a muchos otros. Apenas llegaban veraneantes. Era necesario traer agua de muy lejos y toneladas de tierra. La familia vivía en Viña, justo frente a la puerta del casino. En el campo se organizaban cacerías de zorros que daban lugar a pantagruélicos banquetes. No le gustaban a Teresa las peleas de gallo que le parecían crueles y angustiosas. Los gallos contendores llevaban estacas y navajas en las patas, se destrozaban con furia salvaje, animados y dirigidos por sus propietarios. Era un espectáculo que la niña rechazaba y que hería su sensibilidad y su educación esmerada.

La semblanza del padre siempre está presente en el libro con amor y admiración: "Gozaba con el éxito ajeno y estimulaba a los tímidos". Lo primero que hizo en Reñaca fue construir una escuela para los campesinos. Todos eran analfabetos.

La Hacienda de Reñaca la acostumbró a la vida en el campo y al contacto con la naturaleza. La sedujo más que el atractivo de los salones elegantes a la que debía acudir por ser parte de una familia rica. Fue alumna de las monjas francesas y allí se educaban las hijas de la sociedad viñamarina con linajudos apellidos.

Los veraneantes que llegaban a Reñaca eran púdicos y fieles a las buenas costumbres de entonces. Los varones lucían trajes a raya que les cubrían hasta media pierna y las mujeres se lanzaban al mar con mallas hasta la rodilla y con gorros de goma.

Antes de ingresar a las monjas francesas de Viña, Teresa había vivido en Paris una parte de sus primeros años infantiles. Asimiló la ciudad como si fuera propia. Le eran familiares sus lugares más emblemáticos, sus costumbres y comidas, hablaba el idioma con la misma soltura que su propia lengua. Volvía cuántas veces le era posible en el curso de su vida. A menudo convertía a París un refugio de sus penas y de la necesaria distancia para reflexionar, tomar decisiones y regresar a su país del que nunca fue ajena, aún en los peores momentos de sus acontecimientos colectivos.

Le gustaba tener una relación muy próxima con los campesinos de la hacienda familiar. Le interesaba lo que producía la tierra y no le era indiferente la pobreza, la desigualdad, la condición de servidumbre que padecían por tantos años los peones del Chile agrario dominado por latifundistas que dictaban la política chilena hasta que los avances democráticos cambiaron de alguna manera los viejos usos.

En "Reminiscencia" no se refiere a esos años. Prefiere enfocar a los personajes de Reñaca que dejaron algunas imágenes que el tiempo no borró. Por ejemplo el seductor Perico Vergara, nieto de José Francisco Vergara, uno de los creadores de Viña del Mar, ministro de guerra y contendor del Presidente Balmaceda. "Perico" era seductor y viajero, conocía la India y estaba rodeado de trofeos de caza conquistados en los más exóticos lugares del mundo. También inolvidable fue uno de los vecinos de Reñaca, el conde di Giorgio, hombre algo extravagante, dueño de un yate y padre trágico de Pedro, asesino de un chofer de taxi, que terminó sus días en un presidio de EE.UU. Además agrega a esos personajes a Elvira Santa Cruz, Directora de la revista infantil "El Peneca" que cautivó a varias generaciones de niños. Fue la creadora de las primeras colonias escolares y construyó un gran edificio en el lugar. Teresa veía como los niños salían en correcta formación a trotar por la playa con un frío que a veces calaba los huesos.

Cuando era una veinteañera se casó con el arquitecto Jorge del Campo, un hombre afable y elegante. El matrimonio duró casi veinte años. La relación parecía armoniosa: tuvieron dos hijos: Jorge y Andrés, a los que Teresa dedicó todas sus atenciones aunque no quería limitarse sólo a las tareas del hogar. El matrimonio parecía no tener muchas contradicciones. Después de casi veinte años vino el divorcio. Al parecer las relaciones se fueron complicando y la separación era inevitable. Los hijos crecieron: Jorge estudió Arquitectura y Andrés, Derecho. Ambos eran de temperamentos diferentes. Jorge se caracterizaba por una aguda sensibilidad artística.

Era amigo de los intelectuales que frecuentaban la casa. Fue un cariñoso compañero de su madre. El día más inesperado se suicidó. Fue un golpe brutal para la familia. Teresa buscó inútilmente las explicaciones de su terrible decisión. Nunca se repuso de esa tragedia. En el libro no quiso o no alcanzó a repetir el dolor de esa lacerante remembranza.

Uno de los capítulos la hace aparecer en la ciudad de Nueva York. Admiró el cosmopolitismo de una urbe que reúne a todas las razas y las culturas del orbe. Siguió allí un curso de decoración interior con la intención de ganarse la vida por sus propias manos. A su regreso se empleó como decoradora de las vitrinas de la tienda "A la Ville de Nice" en calle Ahumada con Huérfanos. No existían precedentes en cuanto a rodear las ofertas de prendas, con invitaciones estéticas como en la Quinta Avenida neoyorquina. Ella fue una de las pioneras de ese arte, vistió los maniquíes con cabelleras de lana de vidrio y sintió que seguía la tradición de su padre que inventaba empresas que nadie imaginaba.

Amaba la literatura. Leer y escribir eran como parte de su respiración. Le alegró el éxito de su primer volumen de cuentos "El Contramaestre" recibido con buenos comentarios de la prensa. Empezó a frecuentar los ambientes literarios. Los autores nacionales eran publicados por la editorial Nascimento que reunía al mediodía alrededor de sus estantes a los más importantes creadores de la vieja y la nueva generación. Era frecuente encontrar allí a Mariano Latorre, Ricardo Latcham, Joaquín Edwards Bello, Benjamín Subercaseaux. Nascimento había publicado las primeras obras de Pablo Neruda y su mayor éxito en esos días era la edición de veinte tomos de la Historia de Chile de Francisco Antonio Encina.

Teresa prefería las tertulias más alocadas e informales del café Sao Paulo que a mediados de los años cincuenta reunía a los autores jóvenes, a los que recién publicaban sus auto ediciones, a pintores y músicos que estaban seguros que estremecerían el arte nacional. Eran pobres y solicitaban ser invitados a un café o pedían cigarrillos de una mesa a otra. De vez en cuando aparecía allí el crítico Ricardo Latcham que venía de regreso de las tertulias de Nascimento o de sus clases en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Era un lector torrencial e increíble. Conocía a todos los autores latinoamericanos de algún valor. Le gustaba contar entretelones sabrosos de sus amigos. Vivía en un departamento de calle Huérfanos en un pasaje entre Mac Iver y Miraflores. Un día Teresa lo visitó acompañada de otro colega. Latcham se interesó en sus cuentos hasta el punto de incluir uno de

ellos, "El Forastero de sí mismo", en una antología del cuento latinoamericano editada por Zigzag en 1958.

Antes Teresa se había encontrado en Nueva York con Gabriela Mistral en una recepción en el Waldorf Astoria. Dialogó con ella cuando ya ostentaba el Premio Nóbel. Le dijo "qué bueno que los chilenos seamos andariegos". Gabriela se sintió siempre una "vagabunda", una "extranjera", a pesar de los halagos recibidos en países que no eran el suyo y al que volvió sólo en rápida visita cuando sabía que vivía sus últimos años.

Teresa – o "Teruca" para sus amigos- reconoció filas en la Sociedad de Escritores. Asistía a sus sesiones, a veces participaba en la lectura de sus cuentos junto a otros autores y se involucraba en las luchas por mayores estímulos al trabajo literario, por hacer presente a las autoridades la importancia de los libros, por la defensa de la cultura chilena que padecía de la invasión del mercantilismo y de la influencia arrolladora de manifestaciones extranjeras que amenazaban convertirse en un coloniaje cultural.

Cuando por fin la Sech pudo contar con una casa propia, descubierta por el escritor Rubén Azócar con apoyo del gobierno, después de una larga campaña, fue la socia Teresa Hamel la encargada de comprar los muebles con un exiguo presupuesto. Dio cuenta detallada en un informe que decía: "Elegí muebles de estilo por ser estos de menor precio que los modernos, además de presentar la garantía de no pasar de moda. Los muebles son usados, tampoco son legítimos, salvo la alfombra del directorio, que es auténtica".

En "Reminiscencia", hay páginas dedicadas a los amigos escritores más queridos. Piensa la autora que los extraordinarios libros de Marta Jara no han sido valorizados y que obras suyas, como "El Vaquero de Dios" y "Surazo", son dignas de privilegiados escritores del continente. Confiesa que "las penas nos unieron". La vida golpeó sin piedad a Marta " y todos los que la rodeábamos, unos más, otros menos, fuimos cobardes y la abandonamos porque con nuestros propios problemas nos basta". Ve a su amiga con una manta de castilla, " como una gaviota volando en el espacio".

Conoció a Neruda en 1951 cuando regresaba de su exilio de cuatro años perseguido por el gobierno de González Videla, que le obligó a ponerse a salvo de la

cárcel atravesando a caballo la cordillera de Los Andes. Se encontró con él por primera vez en una comida de recepción que le ofreció la Sociedad de Escritores. Fue invitada por el poeta a su casa de Los Guindos llamada "Michoacán". Desde entonces la amistad fue estrecha y perdurable. El poeta era lúdico y amaba las pequeñas cosas maravillosas: Las caracolas, los mascarones de proa, las artesanías populares, los libros antiguos. "Teruca" le acompañaba en sus visitas a los mercados y a las tiendas de los anticuarios. Casi siempre tenían los mismos gustos y hacían descubrimientos de objetos fascinantes. Le entusiasmaban a Neruda las fiestas de cumpleaños con disfraces. Aparecía con turbantes y gruesos bigotes o con sombreros descomunales. Todos sus amigos también se disfrazaban. Así, se rodeaba de odaliscas árabes, de piratas, de sultanes, de payasos, de colombinas, de campesinas rusas. "Teruca" se destacaba por sus originales ocurrencias. Neruda le decía en esas fiestas "la más inimitable en los disfraces eres tú".

En "Reminiscencia" ella señala a Neruda como un amigo excepcional. Quería sobremanera a sus camaradas y les expresaba ese afecto invitándolos, demostrándoles cuan importante y necesaria era su presencia. El Poeta escribía graciosas y cariñosas misivas cuando viajaba y desde el lugar en que estuviera. Fue una amistad que duró hasta la muerte. En las últimas páginas del libro, Teresa expresa: Estoy orgullosa de que así haya sido, pues me entregó su última sonrisa en esa inefable tranquilidad que se da en el hombre que ha cumplido su plazo de "residencia en la tierra".

No olvidan estas recapitulaciones a Gonzalo Toro Garlad que mucha influencia tuvo en la existencia de la autora. Un día, Gonzalo desapareció como tantos otros enemigos de la dictadura "en circunstancias que era incapaz de matar a un ave". Teresa fue a preguntar por él al edificio Diego Portales donde un coronel de la aviación le aseguró que lo más probable era que Gonzalo hubiese cruzado la cordillera y se encontrara en otro país. Teresa se aferró a esa esperanza y lo buscó en Europa y en todos los países posibles. No lo encontró en parte alguna. Alguien le dijo confidencialmente que había sido asesinado después de sufrir largas torturas.

A partir de 1973 vivió en un continuo contacto con el horror, la violencia y la muerte. Su amigo Julio Stuardo fue detenido y enviado a un campo de concentración luego de sufrir las peores vejaciones. Algunos perseguidos acudían a ella para salvarse en alguna Embajada que los acogiera como refugiados. Teresa frecuentaba más que antes el departamento de su amiga Ester Matte y juntas planeaban que podían

hacer para socorrer a tantos amigos cuyas vidas peligraban. Teresa había ingresado al Partido Socialista y era una mujer de izquierda. Su casa fue registrada por piquetes militares. Era consciente de que en cualquier momento también ella podía ser una de las víctimas. Pero no tuvo miedo y no abandonó sus trajines solidarios. Siguió asistiendo a las reuniones de la Sociedad de Escritores que se convirtió en un refugio y una tribuna de los que no tenían voz. Contribuía a solucionar sus graves problemas económicos pagando la cuenta de la luz o el teléfono. Acompañó en todos sus afanes a Matilde Urrutia que asumió la causa de los familiares de los detenidos y desaparecidos como un deber de conciencia y como homenaje a su marido Pablo Neruda que en esos años se convirtió en una bandera de la resistencia.

Teresa Hamel enfrentó casi sin salir de Chile los años del terror y la represión. Hacia el final sintió que las fuerzas la abandonaban, que ya no podía sostener sus valientes afanes. Sufrió una hemiplejía pero aún así se apoyaba en un bastón y luego salía a la calle en una silla de ruedas. Quería estar presente en la reconstrucción de la democracia. Recibía a sus amigos exiliados que regresaban, firmaba manifiestos libertarios que solicitaban su firma. Así fue hasta que no pudo más. Su legado humano y literario hablan de una mujer indoblegable que en sus escritos conoció el alma humana y las esperanzas de su pueblo. Fue una sencilla y frágil heroína que nunca pensó en tal título. Estas reminiscencias nos invitan a recorrer algunos fragmentos de su generosa vida.

"Voy a vivirme" escribió Neruda.

Y vivamos con Teresa Hamel.

Luis Alberto Mansilla

Don Emiliano Figueroa según la Revista Zig-Zag

DON EMILIANO FIGUEROA

El recuerdo más remoto de mi memoria es haber ido a la inauguración del camino de Reñaca a Con-cón donde existe una roca viva, abrupta hasta el abismo hondo, cortado el precipicio. Sólo un atleta habría sido capaz de dar un salto fenomenal de veinte o más metros donde el mar bullendo arremolinado maltrataba la roca en un torbellino amenazante. Daba susto oír, mirar e irse emborrachando en ese vórtice.

Yo era muy chica, debo haber tenido cuatro años, iba de la mano de don Emiliano Figueroa. Jamás había conocido a un presidente con colero, barba blanca, colorados cachetes, iris celestes, simpático, en chaqué de cola y en el ojal un sorprendente clavel traído de La Serena. Era un personaje de opereta, de fotografía, de circo. Me pareció un gigante de banda terciada tricolor. Lo hallé bastante encantador y cariñoso. Con él de la mano, me sentía segura.

Los huilles eran agitados por la brisa marina en una evanescente humedad; la vinca pervinca entremedio de los chaguales floridos, suculentas, campánulas liláceas, vinagrillo ácido el cual adoraba masticar; cactos en flor, unos pequeños y otros largos, salvajes y agresivos, defendían su territorio.

La marejada protestaba con ese flujo creciente dándome miedo. La espuma saltarina, el graznar de las gaviotas, siempre importantes, afirmaban el celestial estupor.

Estábamos frente al futuro Puente de los Piqueros. Yo me sentía contenta y atractiva con un vestido blanco de batista y encajes de valencianas, calcetines enjabonados y zapatos con un albo pompón.

Ante nosotros había una cinta tricolor cerrando el abismo.

Un hombre con uniforme entorchado le hizo entrega a don Emiliano de unas tijeras labradas en oro. La banda de músicos en uniforme de gala tocó la Canción Nacional. La comitiva repartía abrazos, resonaban los aplausos, lo que a mí me produjo verdadera alegría.

Dos sargentos de quepis, solemnes, transportaron una lámina de mármol para empotrar en la roca, esculpida a cincel, donde se leía:

"Con fecha XX queda inaugurado por el Presidente de la República don Emiliano Figueroa y autoridades de la provincia el Puente de los Piqueros".

¿Qué sucedió con aquella lápida que ya no existe?

REÑACA

Re=agua, **ñaca**=pozo. En la playa mansa reposa la braveza de la espuma efervescente... Ya se empina encaramándose en caracol con su aliento salino enrollador, la recoge... Huye para tornar confiada a jugar con las burbujas, las pulgas saltarinas, el brinco del reflujo o el canto agonizante de la marea madurado en la orilla. Mientras me careo con el sol, me creo marinista. Me aguardan las anémonas con su chisguete mortal. Penetro en las olas con mi yegua tordilla que respira a pleno viento por sus ollares; se espanta con el desgranarse del círculo o con el retroceder de las jaibas. Las gaviotas graznan alegres y liberadas, nada las asusta; las golondrinas de mar corretean los insectos y estallan los piñones en la hoguera nocturna, mientras danzan las llamaradas cuando se les arroja aguardiente porque la luna grandota y amenazante parece pronta a tragarnos. Dan ganas de bailar en su homenaje.

Pero es una playa solitaria, salvaje, de arena blanca, junto a tesoros marinos de estrellas y soles, cochayuyo y luche, minúsculos choritos; los escapistas cangrejos se esconden en la laguna donde nadan los guarisapos. Cantan los grillos y burritos entre los pangues y sauces. Las luciérnagas titilan en ese cocodrilo hundido dentro de la bahía en medio de un torbellino de arreboles. La boya está aullando; barcos en el bamboleo con su 'huachimán' y Valparaíso pertenecen al paisaje de Reñaca.

Los límites de Reñaca comenzaban en la Roca de los Lobos, o sea, un poco antes del puente de los Piqueros y el fundo 'El Jazmín' por el norte; hacia el sur deslindábamos con el fundo de Las Salinas, de la Armada, el estero MargaMarga (las Achupallas) y el puente Las Cucharas; al oriente con Quilpué, Paso Hondo y la hacienda Lo Eastman en Limache y el Retiro, y con el océano Pacífico por el Poniente. La superficie de cinco mil hectáreas se redujo con los años, pues mi padre vendió a diversos terratenientes. En la parte agrícola regada, se cultivaba trébol o alfalfa para las vacas; el resto del fundo se destinaba a la ovejería. Tierra pobre de rulo; abundaban

Camino a Reñaca 1935

En carreta camino a la trilla

**Vista de la Playa de Reñaca,
sector La Isla**

**Capilla original de Reñaca
en construcción**

las vertientes; se aprovechaban los bajos donde los campesinos regaban y cultivaban papas y verduras. Se cortaban los cardos y plantábamos su semilla para las ovejas, también aprendimos a podar los eucaliptos.

En el puente de Reñaca, frente a la playa, un portón con candado cerraba la entrada del fundo y junto a ése se encontraba la casa de Federico Vergara, o sea, la casa patronal. Más adentro, se hallaban las bodegas, una medialuna y otra puerta; la casa de don Pablo Navarro, la oficina del contador señor Veas; la maquinaria, unos carros donde se cargaba el maicillo y el pasto para los animales. Se trillaba a yegua; después, con máquina. Se consumían unos tremendos trozos de chagual. Jugábamos en la parva.

Uno de los primeros cambios que hizo mi padre, fue construir una escuela, pues todos eran analfabetos. Pablo Navarro lo era, pese a tener una inteligencia prodigiosa, dotado, nada olvidaba.

El fundo tenía cinco mil hectáreas de rulo. Mientras no hubo perros, en tanto era escasa la población de los cerros, sembraba cardos para las ovejas y para la lechería en Santa Luisa: un fundo a orillas del Aconcagua, cuyos potreros de maravilla para la engorda de novillos además producían choclos, verduras, acelgas. Pero los perros de Santa Inés invadieron Reñaca y mordían las ovejas: en un año mataron a cuatrocientas.

LA QUINTA VERGARA

Memorial tenaz. Recordar cuentos, romances viejos. Un portugués se enamoró de las Siete Hermanas y, por supuesto, esposó a doña Dolores Pérez, en ella engendró un hijo el cual murió. Aquel fue hijo amante de la aventura, entusiasta de viajes...

Don Francisco Álvarez, el comerciante portugués, compró en 1840 la Hacienda Penco y las Siete Hermanas. Doña Dolores Pérez, su esposa, las heredó y como el hijo de ambos, Francisco Salvador Álvarez Pérez, amaba las plantas, viajaba recolectándolas y las mandaba a su madre. Murió antes que ella y la propiedad pasó a manos de la nieta Mercedes Álvarez, quien había contraído nupcias con el ingeniero constructor del ferrocarril a Viña del Mar, José Francisco Vergara Echevers, de cuyo matrimonio nacieron Blanca y Salvador.

José Francisco Vergara Echevers fue ministro de guerra y del interior, senador por Coquimbo y contendor del presidente Balmaceda (su hijo participó en la guerra civil del 91, en las filas antigobiernistas). También fue dirigente de la masonería y con él nació la municipalidad de Viña del Mar.

A su muerte, sus hijos Blanca y Salvador se dividieron Las Siete Hermanas: del Estero hacia Valparaíso para Blanca y del mismo hacia Reñaca, para Salvador Vergara Álvarez.

Blanca Vergara casó con un señor Errázuriz y Salvador desposó a Blanca Vicuña Subercaseaux, hija de don Benjamín Vicuña Mackenna y doña Victoria Subercaseaux, y dejaron la descendencia de Blanca, Aquiles y Federico Vergara Vicuña.

Don Salvador Vergara loteó y planificó la Población Vergara. Vivió en las casas de la Hacienda Viña del Mar, conocidas como Quinta San Francisco.

Don Salvador Vergara era un ingeniero de empresa y consideraba que si él pretendía crear un balneario, éste debía disponer de un ferrocarril para transportar a los veraneantes; así se empeñó en darle el Túnel San Pedro. Lo trazó y el socavón se perforó en la dura roca después de mil esfuerzos; así la vía férrea nació desde Viña del Mar; en enormes arenales junto a los rieles y durmientes, trazó dos calles: Álvarez y Viana, aparejadas a ambos lados de los rieles. Se crearon las estaciones Valparaíso, Barón, Recreo, Miramar, Viña, Chorrillos, Quilpué. Y también en donde hubiera un caserío susceptible de ser habitado, como ser Limache, Quillota y Llay-llay.

En conjunto con la Población Vergara, destinó un área, a la orilla del MargaMarga, para el Sporting Club, donde los ingleses introdujeron deportes apasionantes con las carreras de caballo, el cricket, el tenis, el paperchase, consistente en la cacería de zorros, tan abundantes en esa zona.

Craneó con sus amigos de Empresas Inglesas, llevado por su instinto de creador, el balneario de Reñaca. En la salida del estero al mar había una inmensa playa extendida que llegaba a Las Salinas. También estaba la playa Miramar, pequeña, con bañistas de pantalones a listas y mujeres con trajes de baño hasta las rodillas y gorras de goma con vuelos del mismo material. Algunas damas usaban zapatillas de goma para no estar pisando la arena. Instalaban carpas allí y, bajo quitasoles, evitaban tostarse.

En convoy iban a Valparaíso. Por vía férrea se sacaba arena del estero para construir las moles de cemento para el dique, pues la rada de la bahía resultaba abrupta.

En aquellos tiempos, navegaban barcos a vela y comenzó a funcionar la empresa naviera Pacific Steam Navegation. Luego se emplearon los barcos a vapor. Todos los que venían de Europa debían atravesar el Estrecho de Magallanes. Después de construido por los norteamericanos el Canal de Panamá, lo más práctico resultaba viajar directamente a Buenos Aires.

Los arenales de la Población Vergara se vendieron en cuatrocientos pesos. Reñaca se adjudicó en dos partes: la Hoya, con el balneario Montemar, en terrenos de cinco mil y diez mil metros, y el resto constituyó la Hacienda Reñaca.

Según Frezier, notable viajero francés, a comienzos del siglo XVIII, había en Viña del Mar excelentes maderas y se caracterizaba por su ferrocarril y por la refinería de azúcar; famosos fueron sus baños de mar, carreras de caballo y palmeras chilenas, cuyos racimos de coquitos sabrosos, con ese jugo único, fresco que se derrama al aplastar el fruto contra el paladar y se muerde su carne tierna. Palmas chilenas que extienden sus brazos centenarios y de donde cuelgan los racimos para el verano caluroso. Cada año queda en su tronco la huella de existencia en esa corteza gris parecida a la piel del elefante. Se alzan las arecas cimbreantes, finas como bambú; la fénix elegante y caprichosa de reproducirse. Gigantes gomeros; ombú de frondosidad vegetal y raíces emergiendo voluptuosas; los magnolios grandiflora emanan ese perfume intenso que embriaga; apacibles camelias albas; copihues colgantes con su belleza cerosa; tupido túnel de bambú; kenzias nativas del trópico, cocus plumosas, palmarios; plantas exuberantes, imperiosas, exóticas, nunca vistas antes en esta región, llegadas de Brasil y del África. Imponentes, de rara belleza, sorpresa espectacular. En medio de ellas, se alzaba la mansión veneciana. Muchas begonias. Helechos como encajes magnéticos y el atardecer cae plácido, enriquecido por tanta lujuria de la naturaleza.

PERICO VERGARA

Yo conocí a misia Blanca, hija de don Benjamín Vicuña Mackenna y esposa de Salvador Vergara. Era una mujer hermosísima, fina, etérea; siempre me pareció la imagen de la angustia, con un marcado sello de desdicha, ya viuda, madre de Blanca, Aquiles y Federico, más conocido como Perico.

Perico, un hombre espléndido, fue su preferido regalón. Regresaba lleno de trofeos de un safari por la India. ¡Oh, sorpresa! Penetrar al santuario del vasto chalet de madera, embriagado de incienso, drogado de mixturas extrañas: te recibían cuernos de ciervos por paragüeros; enormes patas de elefante, cabeza de inmensas orejas, lustrosos colmillos y una trompa fenomenal; pieles con cabeza, ojos, uñas de tigres de Bengala; cebras, hipopótamos, leopardos, búfalos (yo conservo su jabalí), y verlo a él, simpático, alto, conversador, risueño, buen mozo como un dios, hablándote de la Margarita Arredondo, otra linda viejita cuya estirpe fue tronco de toda la población de esta hacienda.

Los envidiosos le adjudicaban a Perico la fama de seductor. A mí siempre me pareció un príncipe, por lo entretenido, de inteligencia vivaz, imaginación desbordante. Con razón, su santa madre, misia Blanca, lo adoraba, lo mismo, cuantas mujeres lo rodeaban.

Debo de haber tenido siete años esa vez, cuando lo vi, y me preguntó: "¿Qué piensas ser cuando grande?"

"¿Yo? Divorciada", contesté de inmediato, tal vez con la intención de conquistarlo. Y todos se rieron.

A la entrada, a mano diestra, quedaba la mansión de madera maciza, cerrada de ventanales, denominada residencia patronal: la casa de Perico, quien viajaba

dando la vuelta al mundo. Con él vivía Juan Mella, alto, flaco y leal servidor, recibiendo de cuando en vez escasa correspondencia.

El joven probaba exóticas bebidas, escuchaba misteriosas cítaras, fumaba opio a través de una clepsidra, como se acostumbraba en Oriente; semillas de amapola, sabor a ambrosía. Soñaba con las Mil y una Noches, navegaba por Karachi, el Golfo de Bengala, el cuerno de la abundancia y de la fantasía. Sabía de Goya. Escuchaba música de Bach y de Beethoven.

Perico Vergara se casó con Pupi Klickman y tuvo dos hijos. Después tuvo 2 hijas.

Perico Vergara con Gastón Hamel
(Diario El Mercurio de Valparaíso)

GASTON HAMEL D'ACUNHA DE SOUZA

MI PADRE

Soy hija de Gastón Hamel D'Acunha de Souza, hijo de franceses, y de Luisa Nieto de la Vega, semiespañola, quienes contrajeron matrimonio en 1912 (fue un enlace de amor).

Mi padre había nacido en la calle Dávila, el 20 de septiembre de 1885, en la casa que años después sería la Clínica Alemana. Era hijo de don Albert Hamel Lasmarrigue y de doña Juana D'Acunha de Souza de Rahut.

Mi abuelo Alberto vino a América con su hermano y se radicaron un tiempo en el Perú. El auge del salitre los trajo al norte de Chile donde trabajaron una época y luego se instalaron en Santiago.

En aquellos años estaba de embajador de Francia, el Conde de Maville, socio de mi abuelo D'Acunha de Souza, armador de los barcos destinados a la navegación de Francia a Chile.

Mi bisabuelo Baudouin D'Acunha de Souza se había divorciado de mi bisabuela, quien se negó a venirse a Chile y se fue a vivir a los Estados Unidos con un habitante de ese país. Él se quedó en Chile con sus cinco hijos: Alberto, Víctor, Elena, Marie y la menor, ésta entró al noviciado y llegó a ser monja. Entonces mi bisabuelo se trajo a sus tres hijas a Chile, a casa del Conde de Maville. Así fue como Alberto Hamel Lasbarrigue pronto se halló íntimo amigo de Juana D'Acunha de Souza y se realizó el matrimonio en breve lapso. Tuvieron varios hijos: Armando, Gastón, Margot, Eduardo, Juan y Luisa.

Mi abuela Juana D'Acunha de Souza se casó en segundas nupcias con un descendiente directo de Danton, el héroe de la revolución francesa.

Mi abuelo Albert Hamel había nacido el 13 de enero de 1850 en la comuna de Arzacq, hijo de Isidoro Honoré Hamel, quien era el mayor de tres hermanos. Uno de estos, Fermín, nacido en Marolles, departamento de Saines y Oise, cerca de París, fue condecorado por Napoleón con la Cruz de la Legión de Honor, después de la batalla de Austerlitz.

Dicen que mi abuelo era un hombre alegre, trabajador y asiduo visitante del Círculo Francés.

La familia Hamel D'Acunha de Souza estuvo viviendo en una casa de la calle del Puente, esquina de Morandé. Después se fueron a vivir a una casa de la calle Dávila, ésa después sería la Clínica Alemana. En esa residencia nació mi padre. Se educó en el Colegio San Luis de Limache y en los Padres Franceses de Santiago. Dominaba el francés, pues no se hablaba otra lengua en su hogar.

Mi abuela había comprado una parcela en el Cerro Navia y allí solía pasar las vacaciones. También le gustaba ir a Valparaíso y a Cartagena. Partían con los empleados en carreta de bueyes y en coche tirado por caballos. Los muchachos cabalgaban. Una semana se demoraba el viaje, pero lo pasaban muy felices.

A los quince años, mi padre perdió al suyo. En esos tiempos, un joven de esa edad, con una madre viuda y una familia numerosa, se sentía un hombre lleno de responsabilidad y sostén de una familia. Poseedor de una inteligencia despierta, ambición y mucha simpatía, se propuso trabajar, como lo había decidido su hermano Armando, y se fue a Bolivia, a las minas de azufre de Ollagüe, donde se desempeñó como contador. Luego trabajó en la curtiembre de Vivant Hermanos. Se interesó por la química desde muy joven y estudió por sí solo.

A los veinticinco años, en un 'steeplechase' de Limache conoció a mi madre, Luisa Nieto de la Vega.

Mi padre, por lo general, vestía de tweed y franela inglesa gris, camisa de seda natural y colleras de oro, sombrero gris y calzoncillo de lana.

Gastón Hamel y sus hijos Gastón, Carmen y Teresa

Era un hombre tenaz, persistente, progresista; lejos de amedrentarse o vacilar, se ponía en acción. Inquieto. Se sentaba raramente; nervioso, se paseaba de continuo. Sabía escuchar y trataba de socorrer a quien le solicitara apoyo. Solucionaba conflictos, pero era de una irritabilidad monstruosa, se enfurecía con rapidez; tampoco admitía la prolongación de los disgustos. Aborrecía a la gente taimada, capaz de manifestar su descontento en una actitud introvertida. Gozaba con el éxito ajeno y estimulaba a los tímidos. Sabía comprender y solucionar conflictos de todo orden. Cuantos lo conocieron, admiraban su espíritu espontáneo y positivo.

Fue un hombre de empresa, de industria, de esfuerzo. Activo trabajador, por costumbre se levantaba a las cinco de la mañana. De inquieta imaginación, le apasionaba la creación industrial; la petroquímica la ejerció antes de mi nacimiento. Pleno de ideas progresistas y audaces, trató de realizar todos sus anhelos y en gran medida lo logró. A su regreso del norte, se radicó en Valparaíso, donde incursionó en experimentos químicos. Comenzó a asfaltar con alquitrán las calles de Viña del Mar. Se lo pasaba estudiando en unos libros voluminosos y pesados escritos en francés.

Luego montó en la avenida España de Recreo una fábrica de subproductos de carbón: carbolineum y creolina. Como la Compañía de Gas estimara aprovechable el negocio, cesó de venderle a mi padre la cuota de escoria de carbón y le propuso comprarle la fábrica para después llamarla SOQUINA.

Luego mi padre, frente a Los Coraceros, en Avenida Perú, fundó una fábrica de aceites, pinturas, grasas, lubricantes.

A pesar de que después en estas empresas industriales mi padre ganaba bastante dinero, que derrochaba con creces, su ambición la constituía la refinería de petróleo. ¿Cómo refinar petróleo? Hablaba mucho por teléfono, hacía venir ingenieros norteamericanos para investigar y partían en avión a diferentes puntos del país. Me acuerdo de una ocasión: destinó uno a inspeccionar Pedernales y llegó con la noticia de que allí surgía petróleo. Entonces no existía la CORFO ni se descubría Manantiales.

Como químico industrial, mi padre fue el primero en destilar petróleo en Chile, éxito que persiguieron las compañías extranjeras, las cuales compraron su empresa llamada RENAP, la cerraron y al poco tiempo la volaron con dinamita. El fue la primera persona fabricante de bencina en Chile.

Esta es la síntesis de la admirable aventura iniciada cuando don Gastón Hamel D'Acunha montó por fin una destiladora y comenzó con petróleo crudo traído de Talara el año 35 ó el 36. Como la refinación no alcanzaba su pureza máxima, esa incapacidad lo inquietaba. Se ensayaron nuevos y nuevos experimentos hasta obtener un producto más puro. ¡Cuántas dificultades le presentarían poderosas compañías como la Standard Oil, la Shell Mex, Copec! Tras un sinfín de obstáculos, logró imponer la bencina a un precio más lucrativo que el extranjero para autobuses y camiones con un sistema de carburación menos exigente. El impuesto aduanero pagado por la RENAP por el petróleo crudo se fijó en sesenta centavos y a ese precio podían vender bencina permitiéndose un margen de ganancia...

Valiéndose de altos funcionarios políticos, elevaron el impuesto al petróleo crudo para así obligar a aumentar el precio de la bencina refinada y quebrar el bajo. Uno de los motivos que hacía codiciable la bencina RENAP, como lo he dicho, era carecer del color transparente de la importada, aunque su calidad fuera la misma.

Nadie tuvo en ese momento la visión de lo que significaba destilar petróleo. Incluso, los hombres poderosos de la izquierda misma, se pusieron de parte de las compañías extranjeras.

Por cierto, comenzaron por otro lado las ofertas de compra de la planta refinadora. Me acuerdo como a mi padre lo cogía la ira y andaba furioso, congestionado, muerto de impotencia y de rabia. Me imagino cuánto dolor le debe haber causado vender una vez más una fábrica floreciente, por no ser dueño de una materia prima o no tener suficiente poder sobre ella...

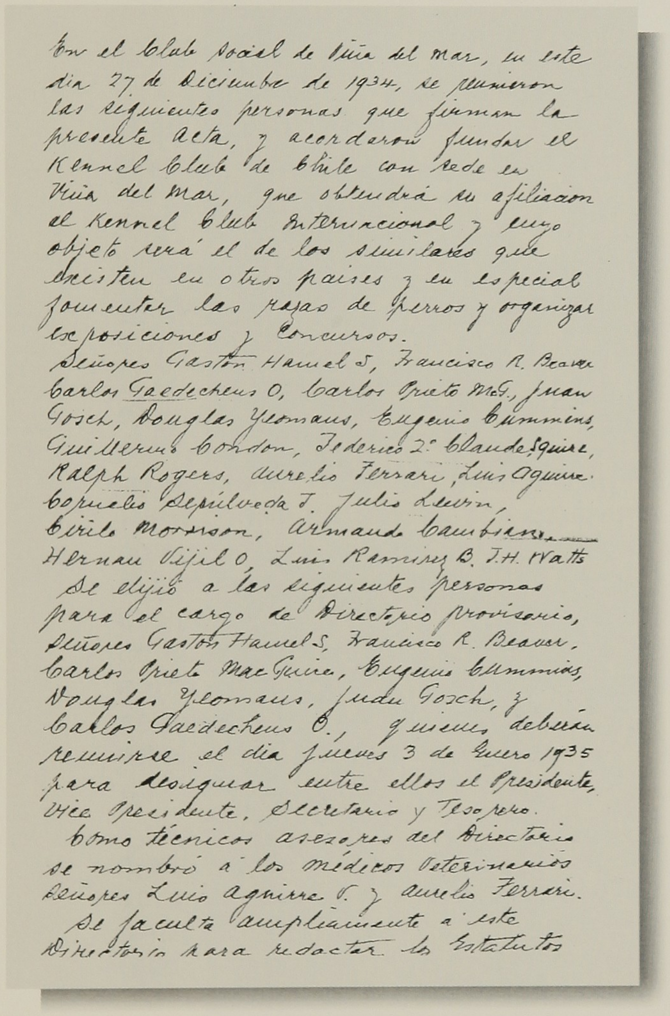
ALCALDE DE VIÑA

Durante varios períodos, mi padre se desempeñó como alcalde de Viña del Mar al ser elegido, por el fallecimiento de don Guillermo Mayne Silva, en las elecciones complementarias de 1923. Sacó la Ley de Juego para el Casino Municipal, por la cual todos los terrenos en la otra ribera del Estero se edificarían para construirlos, urbanizarlos y dotar al balneario de un casino digno y moderno. Consiguió el primer empréstito de Municipalidades de Chile por dieciséis millones de pesos; con ellos adquirió la propiedad del tranque, hoy Sausalito, la cual se destinó al Velódromo y al Vivero para surtir los jardines. Además compró, en Catorce Norte, una manzana donde dejó casi terminado un coliseo destinado a campeonatos de box y otros deportes. Colaboró con la terminación del Teatro Municipal, dejándolo casi listo para su inauguración. Adquirió el Fuerte Callao donde se construiría el Palacio Presidencial. También elevó una construcción de los primeros baños populares de Chile en la calle Bohn, y otros en la Población Vergara. Pavimentó el camino de Viña del Mar a Con-cón.

Bajo la presidencia de don Juan Antonio Ríos volvió a ser reelegido alcalde y como encontró que Viña del Mar necesitaba una medialuna para el rodeo, lugar de bailes y cantos folklóricos, le destinó El Salto, lugar donde echaban la basura. Impulsó la construcción del Hotel Miramar. Formó el Centro de Cultura Física dedicado a los obreros. Creó juegos infantiles en Santa Inés y en Forestal Alto. Fue presidente por varios años del Valparaiso Paperchase Club y al año, levantó el pabellón que esta institución posee en el Sporting. Además, fue director del Valparaiso Sporting Club y del Club Viña del Mar, del cual llegó a ser presidente. También, el 27 de Diciembre de 1934 fundó junto a otros destacados vecinos de Viña como: Francisco Beaver, Carlos Prieto, Juan Gosch, Perico Claude, Hernán Vigil, Armando Cambiaso, Guillermo Condon, etc. el Kennel Club de Chile, del que fue su primer Presidente. Tiempo después se le designó Presidente Honorario.

El Presidente Juan Antonio Ríos y Gastón Hamel junto al principe de Gales, luego Eduardo VIII de Inglaterra, durante una visita de Estado a Chile

Arturo Alessandri recibido por Alcalde Gastón Hamel y señora



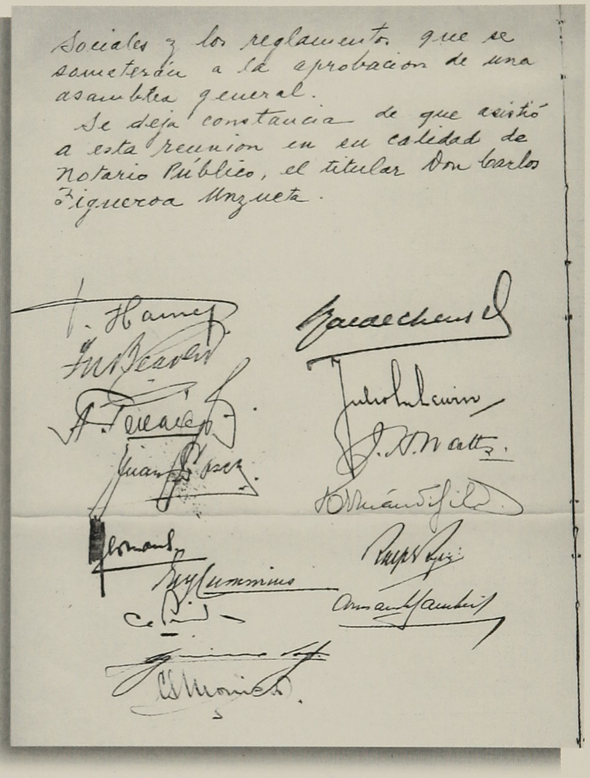
En el Club Social de Viña del Mar, en este día 27 de Diciembre de 1934, se reunieron las siguientes personas que firman la presente Acta, y acordaron fundar el Kennel Club de Chile con sede en Viña del Mar, que obtendrá su afiliación al Kennel Club Internacional y cuyo objeto será el de los similares que existen en otros países y en especial fomentar las razas de perros y organizar exposiciones y Concursos.

Señores Gastón Hamel S, Francisco R. Beaver, Carlos Gaedechens O, Carlos Prieto McG., Juan Gosch, Douglas Yeomans, Eugenio Cummins, Guillermo Condon, Federico 2º Claude Squire, Ralph Rogers, Aurelio Ferrari, Luis Aguirre, Cornelio Sepúlveda T. Julio Levin, Cirilo Morrison, Armando Cambiaso, Hernán Vijil O, Luis Ramírez B. J.H. Watts

Se elijió a las siguientes personas para el cargo de Directorio provisorio, Señores Gastón Hamel S, Francisco R. Beaver, Carlos Prieto MacGuire, Eugenio Cummins, Douglas Yeomans, Juan Gosch, y Carlos Gaedechens O., quienes deberán reunirse el día jueves 3 de Enero 1935 para designar entre ellos el Presidente, Vice Presidente, Secretario y Tesorero.

Como técnicos asesores del Directorio se nombró a los médicos Veterinarios Señores Luis Aguirre V. y Aurelio Ferrari.

Se faculta ampliamente a este Directorio para redactar los Estatutos



Sociales y los reglamentos que se someterán a la aprobación de una asamblea general.

Se deja constancia de que asistió a esta reunión en su calidad de Notario Público, el titular Don Carlos Figueroa Unzueta.

Acta de fundación del Kennel Club de Chile

MI MADRE

Mi madre era hija de los españoles Enrique Nieto Otero y Cristina de la Vega, quien murió dejando a sus hijos huérfanos. Mi abuelo se casó con Consuelo Matta Gallo.

Los Nieto Otero nacieron y vivieron en Vigo hasta que desearon viajar a América Latina, a Chile. Ellos, en agradecimiento a su ciudad natal, le regalaron después una población obrera a Vigo.

Don Enrique Nieto y su hermano Ramón eran hombres de fortuna y de empresa. Viajaron a hacer la América y la hacían en forma. Eran dos comerciantes refinados, les gustaba vivir bien, rodearse de lujo y de comodidades. Trabajaban en el comercio de exportación y así fue como amasaron una fortuna vendiendo telas, casimires, vajilla y cuanto tenían en una casa importadora en aquellos años. Recuerdo el enorme edificio que poseían en la avenida Brasil de Valparaíso, frente al monumento británico. Fueron dueños del edificio de departamentos en la esquina de Alameda con la Plaza Baquedano. Incluso la mansión de la embajada argentina fue de mi abuelo, pero no alcanzó a habitarla, pues se arruinó. Los hermanos Nieto Otero habían comprado una salitrera y encargaron una máquina elaboradora nueva en lugar de las famosas Shanks cuyo sistema era muy primitivo. Debido a la alta inversión, fracasaron y se declararon en quiebra.

Tal vez por ese espíritu de empresa, don Enrique aceptó a mi padre como esposo de su hija. Los hermanos Nieto Otero se habían casado con dos hermanas de origen español: Cristina y Mariquita de la Vega, bastante ricas y, como buena parte de los españoles de su época, tenían una ferretería. Cristina tuvo a Cristina, Sofía, María Luisa y Ramón Nieto de la Vega.

Después de la ceremonia nupcial, contaba mi madre, ella y su esposo salieron a dar un paseo en cabriolé por Reñaca. Los arrebatos y decisiones en mi familia

Gastón Hamel de Souza y Luisa Nieto de la Vega, padres de la autora

Sra. Luisa Nieto de Hamel con sus hijos

ocurren fulminantes. Ver mi madre la hermosura del paraje, la llevó de inmediato a desearlo, poseerlo, retenerlo, y siguió el camino más fácil: se dirigió a su tío Ramón Nieto Otero, para que le funcionara con resultado el capricho. Las acciones de la Sociedad Balneario Montemar las compraron y, por supuesto, embarcó también a mi padre.

En 1920, veranearon en Reñaca en un 'cottage' que aún existe.

Mi madre, mujer enérgica, alegre y enfermiza, se dedicó toda su vida al Sanatorio Marítimo y a la Gota de Leche. Y al jardín. Éste creció en un espacio vivido en cada una de sus etapas.

Siempre sostengo que basta desear algo para conseguirlo. Vecino a nuestro 'cottage' existía un extenso potrero, orientado al norte. Mi madre lo apetecía y desplegó todos los dimes y diretes para adquirirlo. Comenzó a plantar el jardín a su antojo. Primero se dedicó a instalar el agua; luego, la piscina y la cancha de tennis. Enseguida, los caprichos: la colección completa de 'Rock & Garden' con sandillones transportados a lomo de mula, donde todos colaboramos con tunas y cactos. Las palmeras, los espejos de agua, las molduras de ciprés italiano, escalinatas, tinajas, buganvilias, rosas multiflor, araucarias, ceibos, gomeros, jacarandás, ombúes, taxus. En mi paso por Brasil me regalaron semillas en el Jardín Botánico de Río de Janeiro y aumentó su colección de palmeras y plantas exóticas.

Los ginkgos, trotando los milenios, se erguían piramidales y dorados, mientras los maples otoñados enrojecían; los laureles en flor y los crespones terminaban su florecer evanescente. Su pérgola de flor de la pluma blanca, de medio metro de largo, cubría una cuadra para perfumarnos el ambiente. Encerradas en esta emanación aromática se desarrollaban en despliegue exagerado las hortensias sin mostrar una hoja. Las petunias, el flox, la reseda, las flores del lazo y el delfinium repuntaban en superabundancia y su vigor inspiraba envidia.

PRIMEROS PASOS

En esa región poética nacería yo un sábado de Gloria con perfume a heliotropo, a lluvia de chaya y a baldes de agua.

Yo fui la menor de tres hermanos. Mi sexo provocó decepción en mis progenitores, pues deseaban un varón. Para colmo, mi madre, pese a su voluminoso busto, carecía de leche y me entregaron a un ama de cría.

En las serranías del Norte Chico vio la luz Teresa Azócar y al tiempo de nacer quedó huérfana. Cuando ella lloraba, una cabra acudía, empujaba la puerta y de inmediato cesaban los gritos de la criatura que mamaba directamente de las tetas de la cabrita. ¡Quién sabe si debido a ese estupendo socorro me desarrollé robusta, pues Teresa Azócar me daba de mamar a destajo!

Yo tenía dos hermanos: Gastón, de aspecto gitano, ingenioso y encantador, y Carmen, frágil, fina, de ojos claros y manso mirar, constante amiga del pincel y de su hermana. Ella conoce mi comarca, el lugar de los pasadizos de ciprés, las casitas de tules, los festines de pétalos. ¡Qué de construir casas con chilcas del estero! ¡Qué de pangues, helechos y guarisapos! Comíamos duraznos silvestres y nos revolcábamos en el pasto. Lagrimeaba el acacio, el "Black" nos ladraba, yo me montaba en él, le tiraba las orejas; mi mama, la Mariquita Ortega, nos llamaba y nosotras, a escondidas entre las hortensias, comíamos cerezas. Durante el mes de María nos mecíamos en las hamacas mientras la voz sincopada de mi mama entonaba las oraciones. Lo importante era la tibieza emanada de su regazo; el comernos las uñas; el brasero y la hallulla; el manjar blanco, el dulce de membrillo y la aloja de culén, los dátiles pendían de la palmera con un zumbar de abejas y moscas, mientras partíamos a la Quebrada de la Burra, la vertiente murmurante corría entre la yerba del platero y la crujiente hojarasca.

Por las noches gozábamos con los paseos por el jardín, el canto afinado de mi padre, su huasca y el sombrero alón. Recuerdo los trajes de mi madre, su piel suave y olorosa y su sedoso cabello.

En la Quebrada de la Burra se fueron desenterrando esqueletos que en más de un aluvión salieron a relucir. Rodaron costillas y tibias con sus cántaros y así descubrimos un cementerio indígena precolombino. Al pie del molle se encontraron una piedra de moler, bolones perforados y cerámica con inscripciones que nadie, desgraciadamente, alcanzó a preservar, pues no faltó el torpe que de un chuzazo la molió.

En la fábrica de ladrillos, lo que se llama el criadero, hallaron el esqueleto de una ballena, cosa inesperada, ya que se hallaba a muchos metros sobre el nivel del mar, en un cerro de sesenta metros de altura.

Conocí a dos mujeres que tenían cada ojo de distinto color: Olga Jouanne y Diana Carrión.

De los chascos de la niñez, uno me ocurrió en la quinta de don Oscar Garretón, subdelegado de la provincia, que tenía cinco hijos. Me invitaron a comer guindas y quedé arriba del árbol con el calzón dentro de una rama y no podía salir. Los chiquillos se reían de mí y yo, rabiando con mi calzón, trataba de zafarme, hasta que el Beto metió la mano dentro de la prenda y arrancó la rama.

A mí me resultaba insoportable aceptar que a los empleados no les sirvieran postre; llegado ese momento, yo cogía mi plato y me trasladaba a la cocina para compartir con mi mama lo más exquisito. Sentada en su falda, recibía pequeñas cucharaditas de café con sabor a cielo. Los empleados me querían y conversaban de cuanto ocurría en la vida diaria.

VIAJE A FRANCIA

En 1924, mis padres decidieron viajar a Francia, lo cual resultó un desastre para mi vida afectiva, pues debía dejar a mi mama, la Mariquita Ortega, puro corazón, bondadosa e inteligente, olorosa, risueña, limpia; usaba delantales tiesos de almidón, y yo la adoraba. Tan apegada a ella me sentía, que suplantó a mi madre: jamás me retaba y me consentía cuanto se me antojara. Mis padres decidieron llevar consigo a los niños vigilados por una coqueta inglesa, Miss Greene, muy elegante con su toca, traje azulmarino y velo, cuello y puños blancos, quien se dedicó más bien a loquear durante toda la travesía.

Nos embarcamos en Nueva York en un vapor llamado "Andes".

En el viaje aquel, fuera de los argentinos viajando con sus vacas para no beber leche condensada y la tumba de Napoleón, nada nos sorprendió, pues en la casa que arrendamos había unos pelos del famoso Bonaparte.

En París nos aguardaba mi tío Alberto Bop Hamel, casado con mi tía Amelia D'Arc, descendiente directa de la gloriosa heroína de Orleans. Frente a las Tullerías, en la calle Rivoli, hay una plaza dedicada a Jeanne D'Arc con una escultura adorada por los franceses.

Por indicación de mi tía Amelia, nos matricularon a mi hermana y a mí en el colegio de Sainte Géneviève, de Neuilly, donde pillé una trampa de juego al luche y la resolví allí mismo, a puñetes, con una rubicunda gabacha y me convertí en la "petite indienne", cosa que me deleitó, pues me temían.

Yo era deslenguada y rabiosa y me colmé de furia al sorprender a una alumna quitándole el sombrero a mi hermana. Me desquité dándole una palmada en la mejilla. Se formó un alboroto, nos gritaban: "¡Salvajes, les falta educación!" Yo ignoraba otro método de defensa, llamaron a mi mamá y lo supo mi prima, la descendiente de Juana de Arco, lo cual le daba un toque muy distinguido.

Vivíamos en la Avenue de la Grande Armée N. 37 y al pasar por el Arco del Triunfo, me excitaba precipitándome en medio del tráfico, esquivando los autos y me insultaban los choferes.

Teníamos un mozo uruguayo simpatiquísimo, dueño de siete lauchitas blancas. Las ponía en sus hombros y salía con ellas de compra. La gente lo admiraba.

A fin de año, nos regalaron un libro de la vida de Sainte Géneviève de Brabante. Por supuesto, hablábamos en francés y resolvimos llamarnos sudamericanas. El día de los premios nos coronaron de laureles y yo me sentía muy orgullosa.

En las vacaciones nos llevaron a Porsuigues donde mi tío tenía un 'chateau' y estaban mis primos Mimí, JeanLouis, Madeleine, y Henri. Estábamos jugando arriba de una parva y mi prima Madeleine huía de mí, yo la perseguía deseando darle un beso y ella se cayó y se quebró una pierna.

Mientras nosotras estábamos en Poursigues, mis padres con mis tíos fueron a Niza, en la Côte d'Azur y les causó gran impresión la enormidad de palmeras. De ahí que cuando mi padre fue alcalde de Viña, pretendió convertirla en Niza.

Como se acercaba Navidad, Mimí y Madeleine decidieron disfrazarme de Niño Jesús. Me sentía sumamente ridícula y sólo acepté por lucir mi cabello que lo usaba corto y motudo, esto sumado a la aureola fulgurante me daba un halo angelical. Carmen hizo de Virgen María y Gastón, de José.

Así que le quiebras un tobillo a tu prima y de un zuácate te aprovechas y quieres ser el Niño Dios; ¡miren la pretensión! me decía bromeando Gastón.

Como resultaba pobre el cuadro, me pusieron paja, gallinas, un cordero, el perro y un gallo. Mis primos se adhirieron disfrazados de Reyes Magos con calzones por turbantes y batas de levantarse por túnicas. A mí se me cayó la aureola y por encontrar demasiado insulso el cuadro plástico, me subí la camisa de dormir y me bajé los calzones dejando al aire el trasero. Corrí a cobijarme en brazos de mi padre que riendo me besaba.

Era costumbre hacer una fiesta al pasar la línea ecuatorial y todos los niños se disfrazaban. Mi madre, muy ufana, discurría cuál disfraz usaríamos, porque a bordo sólo se vendía papel crêpé:

A ti te voy a vestir de bailarina me dijo y a la Carmencita, de cohete.

Allí estaba mi hermana, de morado y amarillo, amarrada en el cuello y con otro lazo en los tobillos, lo que le impedía moverse... Si siquiera le hubiese hecho pantalones. Luminosa idea la de vestirla de cohete.

En vapor "Andes", rumbo a Francia, 1924
En segunda fila, tercera y cuarta de izquierda a derecha, la autora y su hermana Carmen. Su hermano Gastón en fila superior, segundo de izquierda a derecha

LA ESCOLAR

Por fin, regresamos 'à la patrie' con Jeanne, una 'bonne' francesa muy angustiada. Nos fuimos a vivir al Pasaje Cousiño Nº 3, departamento de la señora Olga Cousiño, quien dejó piezas cerradas con baúles, los muebles y marquesas de baldaquín, cosa que nos entusiasmaba.

Nos mandaron al kindergarten de la señorita Carmela, una gorda bonachona, nos enseñaba a ser troncos, ramas, hojas y nada más. Carlos Edwards Mackenna, bien alto y flacuchento, estaba también en este kindergarten y yo me sentaba junto a él. Tomó mi goma y yo no sólo se la quité: también le di un coscacho y él se puso a llorar. Quedé sorprendida: tan alto y flaco y le corrían los mocos. Esto me desconcertó. Gritaba llamando a su mamá, la señora Margot Mackenna. La señorita Carmela no me retó, sino que me consoló. Todos nos reíamos de él.

Entre mis remembranzas muy nítida acude la imagen de los convoyes por el largo camino polvoriento de la playa de arena, con estanques redondos inmensos. Por gracia de un inglés que le dio la inspiración de sembrar los dedales de oro entre los rieles, se abren los pétalos dorados de su planta frágil, y se cierran a la pasada del tren arenero que corre hacia el puerto de Valparaíso con material para construir las inmensas moles de cemento destinadas al dique en la semibahía. Aquellos vagones llegaban hasta la estación Miramar, frente a la calle Ecuador, donde yo nací. Durante la noche o hacia el amanecer, la sirena ululante en su grito desgarrador me sobrecogía produciéndome angustia y melancolía que aún perviven.

Para escuchar las voces de la medianoche, aguardaba el paso del tren con su pito agudo y las sirenas de los barcos ululantes, entonces, tranquila, me dormía.

Mi madre nos amenazó con que nos iban a poner en "La Preciosa Sangre" si salíamos con chiquillos.

Esa fue mi trayectoria hasta entrar, a los nueve años, a las Monjas Francesas, en la calle Álvarez. Allí estaba el patio con la Avenida de Tilos tranquilizantes para las monjas con hábito de grueso paño blanco, capas plisadas y tocas de batista armadas para no dejar ni un crespo escaparse de ellas. En la cintura, un silicio y largo rosario.

Ese día íbamos a ser presentadas ante la Madre Superiora Marie Celestine Réfuillière como alumnas nuevas. Me hicieron entrar a una pieza íntegra de madera con pupitres afirmados en fierros.

La Superiora era alta, huesuda, de azulados ojos, buenamoza, distinguida; empleaba una expresión tierna: "Bon jour, vamos a ser buenas amigas".

"Sí, mi madre", e hice una reverencia como aquellas enseñadas en el colegio Sainte Géneviève de Neuilly. Rápidamente, contenta, proseguí: "Puedo contarle el Combate de Iquique".

Sonrió la Superiora; complaciente, me escuchaba y seguía mis expresiones con suma atención, a tal extremo, pensé, que me abrazaría. Yo, entusiasmada, continué mi particular relato:

"¡Ay, Dios mío! Quiera el Señor ampararlo y que no lo maten. Él, con destreza desenvaino su sable. ¡Virgen, mamacita linda, protégeme a Prat, ampáramelo, socórremelo! ¡Que no sufra el héroe, que muera sin dolor, valiente, riesgoso...! ¡Muchachos, la contienda es desigual! Nunca se ha arriado nuestra bandera y espero que ésta no sea la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar y, si muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber. ¡Viva Chile! ¡Viva Chile! ¡Al abordaje, muchachos!"

Muy bien, la felicito dijo la Superiora.

Desde ese instante supe que sería una amistad eterna.

Yo estaba muy impresionada por la gesta del 21 de Mayo. Lo curioso es que me enamoré de un estudiante de arquitectura llamado Jorge. Su amigo y compañero

de estudios se llamaba Alfredo; uno veraneaba en Reñaca y el otro en Viña del Mar. Ambos eran encantadores y murieron casi al mismo tiempo.

Por el régimen del colegio, me llenaron de "pecados, culpas y posibles perversiones". Ya contaminada por la malicia, funcionan los escrúpulos y comienzan a introducirte la idea de que el cuerpo actúa como tu enemigo maldito, parte ajena a tu integridad. El 'shock' religioso. Convertida en santa, vestida de cura, rezando misas y armando altares con velas y flores, me desempeñé como alumna mediocre, pero me conquisté una inmensidad de amigas y un entusiasmo delirante por las representaciones, bailes y piezas de piano cuya 'troupe' fue formada por María Searle Jouanne, Olga y Marta Jouanne Bustos, María Cristina Vigil Simpson y las hermanas Hamel Nieto. Las monjas me querían porque hablaba francés, gustaba de las representaciones escolares y, también, porque la Superiora era bretona como mi abuelo. Además, era la hija del alcalde...

A pesar del derroche de millones, nunca tuve un "Tesoro de la Juventud" ni libro ni diccionario que nos abriera la mollera: nada debía perturbar nuestra inocencia. Eso se pagaría caro.

Se burlaban de nosotras porque nos obligaban a saludar haciendo una reverencia y a los grandes, refocilados, les divertía. Mi mamá nos mandó saludar a don Agustín Edwards y a doña Olga Budge que estaban de visita y ellos reían mientras nosotras, muertas de vergüenza, obligadas por la madre Celestine y las monjas francesas, cándidas palomas, hicimos las reverencias y besábamos las puntas de sus dedos.

Mi madre tuvo la feliz idea de matricularme en el ballet de Doren Young, alumna de Isidora Duncan, cuyo ejercicio me dejó un cuerpo atlético y un gusto marcado por la danza. Esto duró hasta el consiguiente revés: "¡Acabarás como bataclana!"

DON ANDRES SCOTT

Reñaca se convirtió en la Sociedad y Balneario Montemar, cuyo plano fue proyectado por don Salvador Vergara. Esta sociedad fue dirigida por don Andrés Scott, inglés de empresa, ya que formó en Valparaíso la casa mayorista Weir Scott. Este hombre alto, cano, de ojos azules, en el verano vestía siempre de lino blanco, usaba cucalón, fumaba pipa, se apoyaba en invariable bastón de caña, acompañado de su perro 'cocker spaniel' de color miel. Le gustaba rodearse de sus amigos y tomar whisky, todos sentados en hamacas listadas de rojo que se balanceaban sobre el césped.

En Reñaca había escasas residencias cuyas quintas disfrutaban de la quebrada. Don Andrés, hombre culto y distinguido 'gentleman', acostumbrado a cambiar, se construyó un 'cottage' blanco, de madera, con reminiscencias de los millones de 'cottages' que hay repartidos por todas las colonias inglesas. Sus muebles eran Maple y los sillones, de caña de la India. Se trajo una pareja de japoneses, Nagathan y Toya, quienes cultivaron el jardín de tan armonioso diseño que aún ahora conserva el equilibrio y la gracia de los jardines japoneses. Frente a la casa, hizo excavar una laguna artificial con nenúfares, jacintos de agua y papiros donde nadaban los cisnes negros. En el parque crecían magnolios, araucarias, abetos y cerraba el jardín el fuerte seto de ciprés macrocarpa. Por los prados, los pavos reales abanicaban su cola y graznaban con su salvaje grito selvático. Detrás del 'cottage', construyó otros dos pequeñitos para la servidumbre y el jardinero, junto a unas pajareras donde nunca faltaron gallinetas, faisanes y desconocidos pájaros que cautivaban nuestra curiosidad de niñas. En especial, cultivaba amapolas japónicas a las que el abono humano las expandía a tamaños increíbles. A un costado quedaban las caballerizas, un estanque en lo alto y melgas de flores. Al otro lado, un parrón con enredaderas de la pluma perfumaba el ambiente; una avenida de jacarandás en el otoño cubrían el ripio con sus pétalos azules.

Don Andrés Scott quiso hacer de Reñaca un jardín. Conversaba largamente con mi madre de fragancias, floricultura y semillas. Sin duda, contribuyó al amor de ella por el reino vegetal.

A mí me sorprendía observar a Toya mientras desovillaba los capullos de gusanos de seda para tejer calcetines con un solo dedo. Ella vestía kimonos y se peinaba primorosos moños con alisador y se ensartaba hermosas horquillas y peinetas. Mi mama Mariquita Ortega la visitaba a menudo. Magathan usaba trajes íntegros de seda natural matizada de verde.

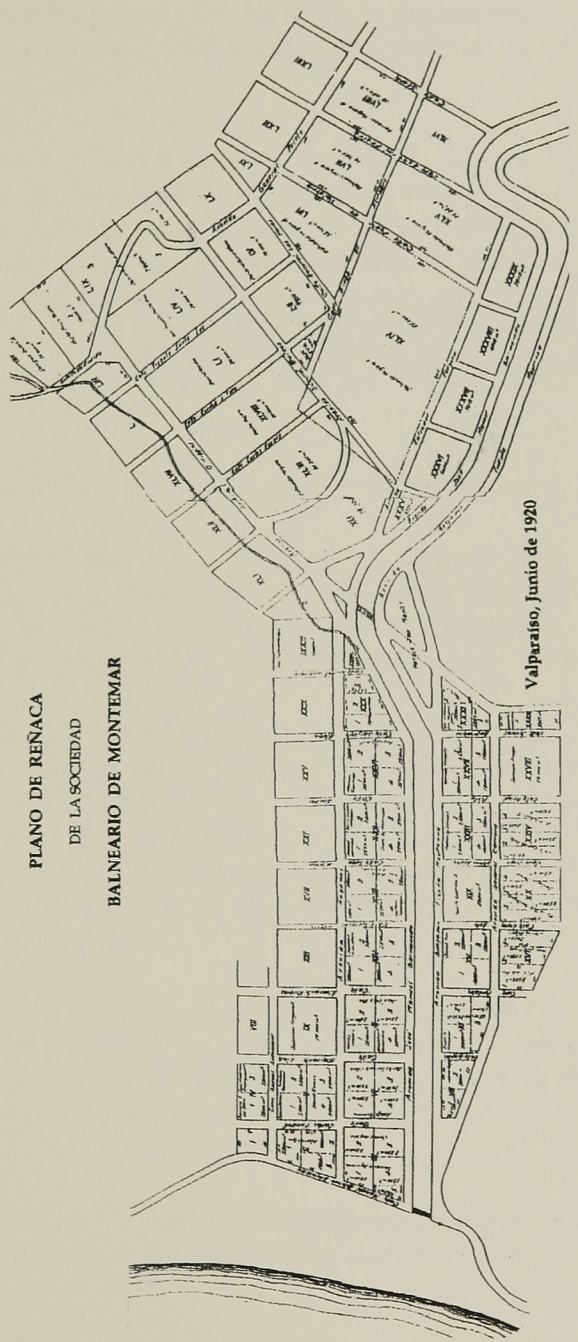
Al otro lado del camino, habían diseñado otro jardín de césped con un enorme quitasol de paja de trigo; el suelo estaba cubierto de piedritas de cuarzo blanco. Este lugar fresco, de reposo, se abría a la contemplación de la maraña virgen de los canelos, arrayanes, peumos y helechos que surgían entre el pangue y la hierba del platero bajaba por toda la vertiente. También en este jardín había un 'cottage' del mismo estilo de la casa patronal; ése, al igual que otro que fue nuestra casa, estaba demasiado encima de la calle. Don E.M. Greve, ingeniero de minas, geólogo y naturalista alemán, también poseía una interesante quinta en esa quebrada. Conocedor de las más variadas especies botánicas, cultivó plantas tropicales, cañas de Guayaquil, 'silver leaf' (planta de papel), musgos sedosos, helechos temblantes y maloliente estrella carnívora matadora de insectos, hierbas medicinales, flotantes pecíolos, porotos saltarines, frágiles lirios que emanan un fluido evanescente. Amaba los animales nativos. Tenía jaulas con aves de caza y codornices, perdices, gallinetas, faisanes, y culpeos, chillas, llaca común (marsupial). Lo vi raras veces. Me pareció retraído en su mundo rico en minerales y extrañas especies vegetales y animales. A su muerte, la casa fue vendida a un dentista, el doctor Matthei y éste a su vez la vendió a don Jorge Alemparte, conocido notario de Valparaíso.

Don Justino P. Pellé formó la propiedad que ahora pertenece a los descendientes de la señora Olga Budge de Edwards. Era una hermosa propiedad, pero nunca tanto como llegó a ser después. Contaba con abundante agua, abrigo y extensión. También la cultivaban unos japoneses que vivían en un 'cottage' con techo de coirón y que nos ofrecían un delicioso té.

Regias palmeras, arecas, cocus plumosas, cicas, adornaban las avenidas. Dos inmensos invernaderos desataban la imaginación.

La quinta Dublé era otro rincón oculto para solaz de su dueño.

Ninguna de estas quintas tenía casa habitacional. En Reñaca, sólo había tres casas: la de don Andrés Scott, la de la administración, las que habitábamos y la


PLANO DE REÑACA
DE LA SOCIEDAD
BALNEARIO DE MONTEMAR
Valparaíso, Junio de 1920

patronal de dos pisos, permanentemente cerrada, porque Perico Vergara andaba viajando. Las quintas Greve, Dublé y Wolf sólo tenían una minúscula habitación para preparar té.

Reñaca era por el año 1925 un fundo semejante a los de la costa, con terrenos orillando la playa, las dunas: esos grandes arenales; en el puente había una puerta con candado. En la loma a la izquierda, se sembraban papas. Todo aquello era la hoya de Reñaca, potreros de alfalfa donde pacían las vacas. Allí estaba la casa del administrador Pablo Navarro con su esposa María Vilches y sus cuatro hijos: Zelma, Elena, Pablo y Chela; más tarde estuvo la fábrica Nobis; el establo, al término del Colegio Mc Kay; los galpones; la casa del administrador y en frente un corral contiguo al estero.

EL ENCANTO

Don Carlos Vial Espantoso era un hombre feo, simpático, dueño de la Sudamericana de Vapores y se enamoró de El Encanto, la caleta de pescadores de Reñaca, por tanto, quiso edificar su casa allí y ser dueño de esos terrenos y no descansó, hasta conseguirlos.

¿Cómo iban a quedar los pescadores sin caleta?

Mi papá les regaló unos terrenos en Cochoa para que construyeran sus viviendas de madera y allí, en El Encanto, don Carlos Vial edificó su casa con la quilla de un buque sobre la roca y los pescadores se trasladaron a Montemar y Cochoa. Montemar era una piscina natural, para principiantes y aprendices de natación.

Carlos Vial era católico y deseaba una iglesia. Así, pues, compró un sitio frente a la playa. El plano de la iglesia lo realizaron Carlos Bresciani y Jorge del Campo. El fresco de pescadores fue creado por Susana Guevara y Carmen Hamel, ambas excelentes pintoras. El cura de la parroquia fue un amigo de Carlos Vial y luego que éste murió, trajeron un sacerdote buen mocito sin ninguna personalidad que jamás puso los pies en casa de algún reñaquino auténtico, siendo amigo sólo de los santiaguinos y de los curas.

Renato era mi primo, hijo de mi tío Juan Hamel D'Acunha de Souza; murió en forma trágica. Se suicidó en una depresión nerviosa a consecuencia de un desequilibrio mental. Cuando apareció el cura, le pedí que le administrara la extremaunción, pero él se negó y no se la aplicó. Por eso lo eché de mi casa y no visité jamás su capilla.

Este cura borró los nombres de Carlos Bresciani y Jorge del Campo de la capilla y en su lugar puso el de Kulczewski, quien la remodeló.

EL RINCON DEL CHANCHO

En el Rincón del Chancho vivía Pablo Navarro con su familia. Era una quebrada como barranco que pasaba desmoronándose, por ello, mi madre decidió plantar en el vivero semillas de eucalipto. Al cabo de tres años, las plantas estaban aptas para ser trasplantadas. Entonces ella compró unas tijeritas inglesas y nos enseñó a podar la ramazón y los brotes. Así el eucalipto se robustecía y cada uno podía afirmar la tierra en el barranco. Hasta hoy día los eucaliptos despliegan su resplandor.

En sacos recogíamos semillas de cardo. Luego mi padre las hacía sembrar para forraje de las ovejas. En esos tiempos, las lluvias eran abundantes; los cerros se veían tupidos de matorrales, molles, peumos y boldos. Los trigales daban rica cosecha y las vacas parían terneros como si fueran ovejas.

Frente a la casa de don Andrés Scott, se reunía un conjunto de "bailes chinos", así se llamaban. Don Alfredo Acevedo oficiaba de director, bastón en mano, gorro de espejos, banda terciada. Tocaba la flauta con destreza, declamando sus pesares con voz quebrantada y dolida. Eran como rogativas, esperanza y abandono. También se acompañaban con acordeón. Ese ruego llegaba a los trabajadores pues cesaban la faena para escucharlos en acto de recogimiento. Unidos a ellos se hallaba Rodolfo Peña, el hijo del jardinero del señor Greve.

Cuentan que al morir don Andrés Scott, el pavo real cantó tres veces.

Esa casa fue habitada más tarde por la familia Petrinovic.

Ifka Petrinovic edificó una isba oscura y triste. Luego le hizo transformaciones hasta convertirla en una construcción bávaro-yugoslava muy desentonada. Poco tiempo se quedó en el país.

Más tarde la compró el conde Di Giorgio. La pintaron de blanco y así retomó un aspecto más alegre y placentero. Hoy es el Club Español de Campo.

Al alba, yo afinaba el oído y escuchaba el tintineo de las espuelas de Pablo. Qué alegría. ¡Pablo, Pablo!, gritaba yo y él venía hasta mi riéndose: "¡Buenos días, Teresita!", me decía. Yo le tomaba su mano grandota y ponía la mía, chiquitita, y reía. Satisfecha las comparaba. ¿Cómo podían crecer tanto? Y lo soltaba.

LAS ZORREADURAS

Las zorreaduras comenzaban con los primeros aguaceros. Levantados antes del alba: cuatro o cinco de la mañana, montábamos a caballo y corríamos seguidos del 'Cantor', la 'Clavija', la 'Centella'; eran jaurías de diez o más perros de lindo cantar, aguda o ronca la voz. Sorteábamos lomas y hondas quebradas donde más de una vez pillábamos zorros: varios en la jornada. Mi padre no se cansaba jamás, lo cual me provocaba dolor en el coxis.

Quiero recordar las concentraciones de zorreros. Estas reuniones se llevaban a efecto en invierno. Se ponían de acuerdo todos los amigos que poseían jaurías: los Lavin, Raúl Iver, el Tuco Torrealba, Tomás Tocornal, Raúl Braun; el abuelo Carrasco no faltaba jamás; Jorge Dittborn, director del Banco Edwards, Gustavo Rogers, gran amigo de mi padre, lo mismo el Guatón del Pino: otro entusiasta gourmet. Cada uno mandaba con anticipación su perrero, su picador o corneta, caballos algunas veces. Y el camión partía, bien aperado banqueteo de comida. La gente menuda, digamos los chiquillos y los empleados, se quedaban en una carpa prestada por el Regimiento Coraceros; pero los dueños de fundo alojaban en la casa del patrón. Esas concentraciones se hicieron famosas. Hubo algunas en que se pillaron diez zorros o más, culpeos grandes y chillas.

En una ocasión yo fui a zorrear con mi padre por Pangalillo adentro y, de repente, íbamos felices tras la huella certera, de pronto se detuvo la zorreadura. Los perros, totalmente desconcertados, husmeaban olfateando el rastro. Volvieron a perderse del rumbo.

Lo lindo de la zorreadura se resume en ese instante en que tú ves pasar el zorro entre dos matitas y tú observas cómo al cuarto de hora, o antes, de que ya hubiera pasado el zorro, corren los perros entre las chilcas. Justo: no se extraviaban jamás. Pero ¿qué había ocurrido? No era tal el zorro, sino un gato montés trepado

Los perros y su presa

Gastón Hamel y sus perros zorreros

Los preparativos de la zorreadura

Los jinetes y perros en cerros de Reñaca

arriba de un quillay. Debimos lacearlo, sujetar los perros, darle oportunidad al gato de huir y tomar distancia, para cazarlo después.

Entonces mi hermano Gastón y Juan Unzurrunzaga Nieto, primo nuestro, vestían igual, los mismos chamantos; corrían en vaca. Llegaban las parejas de los Inostroza, los Mujica que venían de Quillota, los oriundos de Casablanca, los de Graneros, los Lavín, Felipe Correa, Ciro Cortés, Poncho Middleton, Felipe Zañartu, los zorreros. Estaba toda la gente de Reñaca; la de otras zonas también venía: de Tabolango, de Las Gaviotas, de Quintero, de Pochocay, de Chiricauquén, de Curacaví y de Valparaíso. Acudían cuantos eran invitados.

Doce pianos se instalaron en la cresta de los cerros, traídos en carreta, al paso de los bueyes, como los toneles de vino; las bebidas, las sillas las subieron a lomo de mula; al final trasladaban los corderos, queso, chicha, ají, arrollados, malayas, cabezas de chancho, pavos y gallinas. Más de una semana demoraba todo ese traslado con suma alegría y jolgorio.

Los pianos sonaban; se tocaba mucho el arpa y un instrumento hechizo de pandereta con tapas de bebidas animador de muchas fiestas. Las mujeres eran del pueblo; otras, de clase media y las sencillamente campesinas que les gustaba ir a esas celebraciones y se lucían con su zapateo animado por el tintineo de las espuelas... Mi padre bailaba una cueca muy elegante, tranquila, sin zapateo, nada de chabacano.

RIÑAS DE GALLOS

Presenciar una pelea de gallos, con estacas y navajas en las patas, es una entretención cruel y angustiosa para la mayoría de los invitados que asisten apertrechados de su botella de aguardiente. Se la van pasando entre los animadores y también en el momento en que se levantan los gallos, les ponen licor en el guargüero para ponerlos más activos, violentos y feroces.

De pronto, se empina el más vivo y deja caer por los suelos a su adversario; se prodigan picotazos esparcidos, se dan aletazos y se agarran de la cresta y se patean furiosos. Son descuidados y por la espalda, con más maña que rabia, voltean la cabeza, la tuercen y abren sus alas. A cacareo arrebatado, de un pataleo espolea, arrogante.

El agresor de plumas rojas a su contendor, de un picotón, le saca un ojo que se balancea colgando a la altura de la pechuga. Vemos con espanto que el tuerto, con las alas abiertas y engrifadas, se va encima de su adversario, lo voltea y lo patea repasando sobre él las patas ennavajadas; lo vuelca contra el suelo y lo repisa hasta arrancarle las plumas de la cabeza.

En tanto, la concurrencia da alaridos celebrando la pelea.

El dueño del tuerto lo levanta, trata en vano de introducirle el ojo en la cuenca y le pasa la mano por el lomo mientras le habla al gallo:

Picoloco, valiente macho, eres mi orgullo.

Ríe nervioso celebrándolo, pleno de suficiencia, mientras le quita las navajas atadas en las patas. El ave, rascando altanera la tierra, alza su cuello. El ojo arrancado da tumbos sobre sus plumas erizadas. Canta triunfante: ¡Cocorocó!

El otro contendor, de eficaces espolones en las alas, uñas largas y agudas, ojos pardos y patas verdosas, abundante pluma con visos, fuerte y plateado el vientre, cacarea como burlándose. Dando un graznido pavoroso se abalanza sobre el tuerto, comienza picoteándole el ojo y se lo come íntegro, con voraz apetito, más el ciego, de pie nuevamente, vuelve a elevar su canto con heroicidad.

ALZAMIENTO DE LA MARINERIA

Se acarrearon pavos, corderos y botellas de vino. La tripulación del 'Latorre', anclado en la bahía, no pensaba en rendirse, por lo cual los soldados mimetizados entre las rocas, agazapados, apuntaban sus fusiles. Nosotras, ajenas a un espectáculo que ni siquiera entendíamos, nos paseábamos entre soldados que nos echaban furiosos. Como si tal cosa, saltábamos, encajadas en unos gorros rojos de lo más llamativos.

Toda la rendición del 'Latorre', la entrada de los prisioneros de guerra, con las manos atadas a la espalda, a un inmenso hangar descubierto, la presenciamos aterradas. Estaban con nosotros la señora Barahona de Ramírez, el comandante de Coraceros, Luco, mi mamá.

Uno de los primeros en entrar era alto, muy atractivo, un gigante; iba adelante.

Los soldados nos echaban moviendo los rifles por la culata y haciéndonos señas.

El frío era intenso.

Naturalmente, no entendíamos gran cosa. De pronto, vimos una doble fila.

¡No miren a los oficiales dijo mi mamá: las pueden reconocer, matar!

A mí me pareció contradictorio. ¿Con qué objeto nos habían llevado? ¿Para contarlo? Pensamos que éramos demasiado chicas y todavía usábamos calcetines.

La fila era enorme. En Quintero, las calles permanecían desiertas. ¿Miedo? Ninguna mujer. Hombres, tampoco. Naturalmente ¿por qué motivo nos habían llevado?

En el diario decía: "La sublevación de la armada".

¿Dónde estaba mi hermano Gastón? ¿Vestido de militar?

Rendición de la marinería (Archivo Gastón Hamel P.)

Los oficiales custodiados por soldados (Archivo Gastón Hamel P.)

Vista general, con el acorazado "Almirante Latorre" al fondo
(Archivo Gastón Hamel P.)

FIESTAS, TULULOS, OTROS PAJAROS

Los circos con payasos, equilibristas y fieras nos provocaban espanto.

En la época del charleston y el yimmie, ambos muy de moda, yo nunca pude bailar, porque era muy pequeña. Al terminar un baile, los hombres les besaban la punta de los dedos a las mujeres. La falda apenas me cubría los calzones. Muy corto el pelo de la emancipación. Andábamos en mampatos maldadosos y los chiquillos los imitaban y el mampato chilote inmediatamente corcoveaba.

Una joven gorda, corpulenta, debajo de una manta amarrada a un cañón, se pinta, se acicala. Un heladero hace cantar su cuerno.

Se usaba el teléfono dando vuelta una manilla ruidosa para llamar a la telefonista y pedir el número deseado.

Los barquillos se vendían en un molino de lata y donde correspondía una pluma, era la suerte.

Los chiquillos gustaban de salir a conejear con quiltros y también se fabricaban unas tablitas con ruedas que echaban a rodar entre los pinos.

Los temporales en Viña del Mar eran tan intensos que para pasar de una vereda a otra, mi papá hacía traer los botes de Caleta Abarca para cruzar la calle.

La Tomasa era nuestra lavandera, criada por mi abuela. Vivía en el cerro Barón y cuando regresaba de su hogar, sobre su cabeza, transportaba el atado de ropa como un globo encima de su coronilla, sin tocarlo, la ropa lavada y fragante de limpieza.

El jote agitaba sus alas hipnotizando a su víctima. ¿Conejo? ¿Ratón? ¿Cururo?

En el invierno, mi papá salía a cazar tululos, pájaros escasos, mezcla de canillas largas, rojizas, y picos puntiagudos.

En 'fricassé' eran exquisitos. Ya muertos, se los colgaba del cogote y sin destriparlos durante tres días. Se les sacaban los intestinos, los molían, les agregaban cebollines finitos, perejil, ajo, ciboulette, unas tostadas con mantequilla y se sazonaban con los interiores, adobando los tululos con coñac.

Otros pájaros que se guisaban muy a menudo eran las tortolitas escabechadas, envueltas en tocino, para servir calientes sobre tostadas con puré de papas o arroz graneado y verduras.

Entre las aves más extraordinarias están las perdices, que son secas y requieren cocinarse en aceite de calidad superior y vino blanco. Recuerdo esas perdices de pico y patas rojizas, manchas azuladas, cresta copete, aderezadas con pimienta entera, ajo y una porción de crema.

CHEC CHICO

Estábamos zorreando en El Tambor justo cuando tomábamos vino, detenidos en el momento de la comida del Chec Chico. De pronto vimos aparecer, bajando la loma, a Vargas, un fantasma cruzar Ña Mica. Avistamos a un jinete veloz, manta blanca de Castilla, alba cabalgadura y boina. Nos golpeó la imagen. Se dirigió sonriente hacia nosotros. Lo mirábamos sorprendidos en tanto dábamos cuenta de nuestro comistrajo. El único que no perdió su compostura de gran señor fue mi padre y se adelantó a su encuentro con su ancha sonrisa.

¡Qué agradable sorpresa! Sírvase un tentempié y le tendió la bandeja.

Gracias, don Gastón.

Pasábamos por el Chec chico para reponer el esfuerzo de esta chilla y señaló la bestia que colgaba de la montura del caballerizo. Esta es mi hija menor.

Vargas se apresuró a retirar su boina y guantes.

Tenía unos ojos azules preciosos, intensos, blanquísimos dientes.

Se sirvieron vino de la Viña Santa Rosa y montaron nuevamente.

Apenas llegaron a la viña, divisaron Los Maitenes. A lo lejos, los chaguales. Se destacó en lo alto una zorra, comenzaron a ladrar los perros y daban vueltas y repasaban las huellas. A ratos, los perros ladraban más, persistían, parecían alcanzar la chilla. Vargas, en medio de nuestras matas de maleza. De repente se cruzó asustada una extraña marmota y se detuvo, inmóvil. En un segundo los perros se desconcertaron, enmudecieron. En vano correteaba Ernesto. No lograba organizarlos. Ninguno ladraba. Experiencia insólita. Pero fue superada. Los perros afinaron la vista y saltaron: era mayor el instinto que lo interrumpido por el olfato. Por suerte, la 'Choca' alcanzó a pescar la cola de la chilla, la agarró, la revolcó, la hirió. Ella también recibió mordiscones. Con tanta furia enterró los colmillos en su presa que la mató.

LAS MODAS

Cuando muchachas, aspirábamos a ser "sofisticadas", de acuerdo con la castellanización del término inglés. Fumábamos en boquillas de marfil, regaladas por mi tío Eduardo Hamel, a quien le decían el Marqués, y usábamos calcetines y zapateábamos. Era la influencia del cine.

Todos los que íbamos a la playa Miramar veíamos en el paseo entre otras a Estrellita Labarca, con faldas cortísimas sobre las rodillas, medias gruesas y zapatos con rosetones, los labios dibujados como corazón y los cachetes bien pintados. Gustaban de invitar a su casa en Valparaíso a los muchachos que las cortejaban con recato. Ellas eran confianzudas, según decían, de avanzada edad, pero aparentando juventud.

También solían pasearse por la playa Felicitas Astoreca y su hija; ambas muy elegantes, usaban pieles de armiño o visón, zorros blancos. Recuerdo que para una fiesta llegó conduciendo un Rolls Royce. En un parque vecino al Sporting Club llegó en su auto decorado íntegro con violetas de Parma y a cada visita le regaló una muñeca de paño Lency mientras hablaba, como acostumbraba, en una mezcla de castellano, inglés y francés. Ella quedó con las facultades mentales alteradas cuando su marido se mató al caer del caballo en un partido de polo.

Yo tenía pie plano y calzaba número 35, pero mi mamá estaba muy orgullosa de tenerlos diminutos y entonces me obligaba a usar zapatos de un número menos, por lo que me salieron juanetes.

Por supuesto, tenía complejo de ser mujer. Trataba de superar la impresión, no me sentía regalona y ni pude soportar me sentaran en la falda. Sí tenía mucha inclinación por mi padre. No olvidaré cuando él me llevaba en brazos desde la casa, después de la comida... Íbamos a la playa. Siempre salíamos en noche de luna. Mi

papá nos convidaba y eso sucedía cuando vivíamos a cinco cuadras del mar. Él partía cantando y lo seguíamos felices. Él llevaba manta de Castilla y yo me quedaba dormida, pero él me traía en brazos. Estos recuerdos perviven como una gran delicia en el alma: la protección y el amor paterno.

Entonces, los hombres empleaban gomina o brillantina para mantener el cabello pegado al casco. Después vinieron las chascas, los cabellos revueltos; en seguida se usaron cortísimos y ahora los hombres usan un pelo largo y se lo amarran como cola de caballo, hacia atrás, con un cordón.

Las mujeres pretenden combatir el machismo usando pantalones cortos como calzoncillos, sean modelos de hermosa figura, esbeltas o chatas y potonas: les da lo mismo. Es su manera de mostrar su independencia, su feminismo. Nada elegante. Vulgar. Sin intentar ser finas, ni realzar su femineidad, buscan la emancipación a cualquier precio. Esta guerra es cada día más ardua. Ellas se sienten postergadas en sus ambiciones y abrumadas en su doble papel de madres y trabajadoras. La maternidad y la competencia laboral, unidas a la ambición de no quedar atrás, más el tiempo escaso, aun para ir a la peluquería, producen angustia y desaliento. Faltan el sueño, el descanso, la rosa. Resulta indispensable distraerse, relajarse, encontrar el oasis donde nada perturbe tu armonía.

ELVIRA SANTA CRUZ

Elvira Santa Cruz, más conocida como Roxane, creadora de ***"El Peneca"***, revista infantil que duró muchos años y fue conocida en todos los hogares, fue la presidenta de las Colonias Escolares. Muy amiga del presidente Arturo Alessandri, construyó en Reñaca un enorme edificio de concreto para que en las vacaciones los niños disfrutaran de la playa y la arena. Esto de disfrutar es un decir.

A los niños los levantaba a las ocho de la mañana. Con delantales albos y en correcta fila desfilaban hasta el mar, a menudo tiritando de frío, pues caía llovizna o estaba nublado. Mirarlos, congelaba. Debían ir a esa hora para regresar antes de que los veraneantes empezaran a gozar de la playa.

Con frecuencia se la veía pasar en el auto de la Presidencia con don Arturo Alessandri y su perro 'Ulk'. Visitaba a la hora del té a la señora Olga Edwards.

YO, MUJER

Fue un excelente aprendizaje entrar al Ropero San Antonio, del padre Escudero, español fogoso cuya llegada a la parroquia de Viña del Mar causó estupor. Tomó a su cargo el barrio Santa Inés, población obrera formada por casas de tablas, frías; tampoco sus calles estaban pavimentadas. El padre Escudero se parecía a José Mojica y comentaba las penurias que acosaban a los obreros. En la misa de doce, las emprendía contra el Casino de Viña vociferando contra esos ricachones derrochadores de millones, jugando y dilapidando en jolgorios y festejos, en circunstancias que los niños pobres en su mayoría andaban descalzos, hambreados. Tampoco se construían casas ni, muchos menos, escuelas adecuadas.

Ya lo dije, cuando me preguntaban: "¿Qué serás de grande?", sin vacilar contestaba: "Divorciada".

Me parecía que la libertad era algo apreciable y ese deseo libertario se consideraba escandaloso. Ignoro si lo decía por fastidiar a mi mamá, pero siempre lo repetía. "¡Qué niñita tan tonta!" murmuraba mi madre, molesta, pero yo me quedaba muerta de la risa y en realidad tampoco me atraía el matrimonio, como si con antelación supiera que en él iba a entrar y nunca salir, pues cumplí treinta años de casada y ni entonces ni después logré obtener la anulación.

En mi juventud me prohibieron alternar con varones, eternamente cuidada por una institutriz.

Estalló el histerismo materno apenas se enteraron de que mi hermana y yo habíamos paseado en auto con chiquillos. "¡Las internaré en el Buen Pastor!", nos amenazó. "Al fin y al cabo, cumplimos trece y catorce años y todas nuestras amigas de la misma edad salen con chiquillos", alegamos. Nos encerraron con picaporte y determinamos declararnos en huelga de hambre.

Sólo después de ese triunfo, nos permitieron juntarnos con muchachos en la matinée del Teatro Olimpo.

Nuestra casa estaba en Viña del Mar frente al puente del Casino. Recuerdo las infinitas filas de harapientos cesantes que aguardaban por horas entrar a la casa donde se les daba una ración de aquellos porotos guisados en un inmenso fondo. No se me viene a la memoria ninguna mujer entre estos menesterosos, todos obreros sin trabajo.

Mi padre tuvo la idea de llevarlos a Paso Hondo y darles la oportunidad de ganarse algo para vivir.

Allí vi como funcionaban los lavaderos de oro. Brillaban en el platillo pequeñísimos granos de arena y oro; otros eran solo oropel que el principiante confunde con el metal precioso.

Las hermanas Carmen y Teresa Hamel

Con sus hijos Jorge y Andrés

LOS DI GIORGIO

Llegaron los Di Giorgio a Reñaca. Venían de la Côte d'Azur.

El Conde George Di Giorgio era un hombre elegante, bajo, moreno. Su esposa Violeta Valdés Cousiño, también morena, fina, simpática, encantadora conmigo. Pasaban a menudo a convidarme a su casa y yo les retribuía con cariño. Tenían dos hijos, George y Peter.

El conde George di Giorgio padre, los ojos vivos, se reía a menudo y hablaba de innumerables cosas que atraían su curiosidad. Apenas llegaron, comenzaron a modernizar la casa, en su interior construyeron una piscina con agua temperada que era una delicia. El jardín era el mismo que don Andrés Scott hiciera florecer.

Vestían escasas ropas: shorts, alpargatas de cuero. Muy bronceados. Él usaba camisas de seda natural, pañuelo de seda atado al cuello en lugar de corbata, colleras y reloj de oro, sombrero de jipijapa.

A Di Giorgio le gustaba enseñarme juegos de naipes. Por ejemplo, me enseñó a tirar las cartas a su manera (tenía fama de jugador y de arriesgar gruesas sumas). Él me decía: "Si te casas, hazlo con un hombre buen mozo, inteligente y rico".

Mejoré mi puntería en un rincón de su parque.

Di Giorgio contaba con desmesurado jolgorio que acostumbraba engañar a los pasajeros de los trasatlánticos apostando a ponerse los zapatos de alguno y a dar dos vueltas por el puente. "No le decían: los zapatos le van a quedar muy chicos". Replicaba: "¡Apostemos! Cincuenta dólares a que doy la vuelta corriendo". Y ganaba, porque había escogido al poseedor de un par de zapatos más grandes.

Peter era muy imaginativo, desequilibrado, nervioso. George, tranquilo, pero la muerte de su madre lo afectó mucho. Un aborto la mató. Yo fui a verla al hospital y la encontré mal.

Di Giorgio al enviudar se casó con María Angélica Lyon, de quien tuvo los siguientes hijos: Giovanna, Ricardo y Alejandro.

Di Giorgio castigó muy duro a Peter por haberle sacado unos anteojos sin su consentimiento. Se había construido un yate y lo mantenía en Quintero, adonde iban a menudo. Eran farsantes y este niño sufría espíritu de grandeza y era muy neurótico.

La gente de Viña solía reunirse en Santiago en el Hotel Crillón y allí se encontraban los jóvenes. Peter había ido al Crillón. Contrató un taxi que lo llevaría a Quintero y como no halló a su papá en el yate, se desconcertó y en un momento de locura le dio un balazo al chofer. Este crimen conmovió al país.

Di Giorgio padre logró sacarlo de la cárcel para mandarlo a una prisión en los Estados Unidos a cumplir su condena, pero por lanzarse a una piscina sin agua, Peter se mató.

George se fue de Chile; le gustaba navegar por Oceanía. Giovanna se murió en un accidente, en su auto.

Para mí, fue un golpe muy rudo, porque realmente los quería y me dolió tanta desgracia.

PACHUCO DE LA FUENTE

Pachuco de la Fuente era un señor muy singular. En una ocasión se peleó con un peruano farsante y prepotente, quien lo retó a duelo.

Pachuco vivía en el camino a Reñaca en una inconclusa casa de piedra. No quería terminar la construcción, porque una adivina le había anunciado que moriría cuando la concluyera.

Era reconocida su fama de espadachín. De esto no se dio por enterado el farsante.

Cuando llegó al campo de duelo, ambos llevaban espada. Pero al darse la seña para comenzar a batirse, el duelista se encontró con que Pachuco era zurdo y le llovían los sablazos de la izquierda. Avergonzado quedó el peruano y Pachuco, muerto de la risa.

Pachuco era el único amigo de Amalia Errázuriz, la dueña de Viña.

En agradecimiento a numerosas mandas cumplidas, Pachuco de la Fuente encargó una Virgen muy hermosa, de bronce verde. Ella es la única que adorna el camino a Reñaca y los devotos innumerables le ofrendan siempre las más espléndidas flores y la invocan en sus oraciones.

LUNA DE MIEL

Me casé con Jorge del Campo Rivera, arquitecto, con quien tuve dos hijos: Jorge, arquitecto paisajista, y Andrés, abogado.

Mi mamá, dominante, voluntariosa y arribista, se creía la madre de la sabiduría. Según ella, había que tener un pololo rico, simpático y sometido. Nos crió ignorantes y llenas de limitaciones y, en vista de tantas dificultades, debíamos darle en el gusto. A mí me codiciaba un joven rico e inteligente, ante tantos requerimientos, me sentí atraída y me enamorisqué, pero lo sentía pillo y desconfiaba. Yo era virgen y nada sabía de la vida sexual ni de las ansias amorosas. Tuve varios pretendientes, pero ninguno como ese joven, el menor de una familia de Linares numerosa, católica observante, poseedora de avión y cancha de aterrizaje, y él, arquitecto recibido, poseía cultura, también había viajado. Encantador, educado, independiente y amante de su familia, pero tímido.

Poco antes de contraer matrimonio en Reñaca, me quebré un tobillo cuando andaba en bicicleta. Una calamidad. Yo le rogaba a él que no viajáramos a Montevideo, donde había un congreso de arquitectura; mi anhelo era ir a Pucón, un lugar tranquilo e íntimo. El doctor Gebauer, mi médico, me aconsejó casarme para la fecha prevista. Mi hermano enfermó de pulmonía y mi mamá, por supuesto, fue a acompañarlo.

Yo quería un traje de novia de raso, de larga cola, todas frivolidades superficiales, pero en el mercado de los trapos sólo se hallaba crêpe satin muy inferior, además. En la garganta tenía una cicatriz bastante fea y otra debajo de la rodilla: traté de esconderlas; además, mis oídos eran bien averiaditos, pero yo me sentía radiante de dicha, yo, tan impulsiva mas aterrada de unirme a un tímido recatado.

A una amiga le pedí me hiciera las maletas. La experta empleó cinco: una para los zapatos, otra para la ropa interior, las demás para los vestidos, y todo lo demás. Después que el juez nos hubo casado por la ley, el novio fue con su sobrino a buscar el equipaje a las Salinas, lo cual le tomó dos horas en titubeos e indecisiones. Yo me sentía abochornada y furiosa.

Por fin, mi marido volvió para partir. ¿Adónde? No había reservado pieza en ningún hotel y mi tío Armando, ante este disparate, cedió su pieza en el Hotel Astor, lo cual le obligó a pedir le guardaran su equipaje. Allí pasamos la triste noche de amor. Pese a lo frustrada, aterrada, decepcionada, las esperanzas no las perdía.

Sólo en la luna de miel supe las cosas de sorpresa, de un sopetón, porque era ingenua e ignorante. Maliciaba por instinto. ¡Gran error!

Como todo era pulcro, relamido, falso y mojigato, debía de aparentar una felicidad que estaba muy lejos del disfrute. Su prisa sin caricias me dejaba en la berlina; esto, en vez de divertirme, me sumía en la neurastenia.

Mi cuñado Carlos del Campo, persona fina y cariñosísima, nos invitó a llevarnos en su avión Messernicht a Mendoza. Allí tomaríamos el trasandino que nos llevaría a Buenos Aires. No más llegar y experimentamos otra duda: coche de posta o auto de alquiler ¿a cuál carruaje debíamos subirnos? Mi marido optó por el coche de posta. Subimos ocupando todo el carricoche y llegamos al Hotel City, muy en boga en aquel momento. Yo iba cansada, creía sentir que me dolía el pie y eran desenfrenados mis deseos de tenderme en una cama. Al fin descendimos en el hotel. Después de varios años comprendí que el coche de posta es lo más caro, considerado vehículo de lujo en Nueva York.

Dadas las ideas de elegancia de mi madre, teníamos que conocer Buenos Aires y mi marido me arrastró en pleno mes de febrero caldeado, enardecido de veraneantes bajo el despiadado calor.

Paseamos por el Tigre y fuimos al teatro. Nos embarcamos a Montevideo. En el barco conocimos a un arquitecto chileno sumamente simpático, viajaba con su mujer, también iba al Congreso de Arquitectura. Pero convinieron en compartir nuestro baño, lo cual me pareció desagradable y nos quitó la privacidad.

De pololа con su marido Jorge del Campo

En la travesía, el arquitecto nos contó la siguiente historia: un estafador huía de la policía y se le ocurrió tomar dos pasajes, uno de primera y otro de segunda, en un barquito de los que hacían la carrera a Montevideo. Cuando era buscado en la segunda clase, se pasaba a la primera y así logró escapar. Él mismo se lo contó. Quedamos muy sorprendidos de que se vanagloriara. Por supuesto, nadie delató al fresco desvergonzado.

Montevideo, hermosa ciudad de plazas numerosas, linda gente los uruguayos, me prometía un verano exquisito. En Carrasco funcionaba un casino donde los asistentes vestían de etiqueta. Yo, de lentejuelas, realmente me sentía sirena.

Regresamos a Buenos Aires y me recuperaba de los fracasos. Me dediqué a admirar porcelanas chinas, que las había en cantidad. Aquello me dejó muy satisfecha. También me arrebató el cristal checoslovaco. Nos compramos una maleta para llevar la vajilla y quedó muy pesada.

Cuando mejorara el tiempo, por supuesto, Carlos nos iría a buscar a Mendoza.

Como nos sentíamos perdidos en la tempestad, buscamos el aeropuerto de Uspallata, en medio de los álamos, y apenas aterrizamos, besé la tierra. Supimos que el tiempo nos era favorable. Me armé de coraje y subimos de nuevo al avión llenos de pánico. La temperatura seguía bajando. Resolví ponerme unos inmensos pantalones de mi esposo y su cintura me llegaba hasta mis sobacos. Volábamos. La nieve cubría el parabrisas.

Luego de arribar en Santiago, nos dirigimos a casa de mi suegra, quien era muy ceremoniosa y ella presidía la mesa familiar. Me entró un fastidio tremendo, pues me presionaban, me exigían sacarme los enormes pantalones, cuando sólo anhelaba meterme a la cama y descansar. Bueno, debía someterme a la inspección y me presenté entierrada, chascona, un mamarracho para causar risa. ¡Vaya que se divirtieron! Y nuestro Carlos, pasando quizás qué penurias y a nadie le importaba nada de la tonta.

LA PRECIOSA SANGRE

Mi marido me llevó a vivir a la calle Huérfanos, más abajo de la Plaza Brasil, frente al Convento de la Preciosa Sangre.

Como tuve mal embarazo, me pasaba mirando por la ventana que daba a la parte posterior del Convento cuya fachada se vislumbraba por el enrejado.

Cuando una mujer gritaba pidiendo "¡Socorro!", de inmediato corrían los cerrojos de las persianas. esas escenas eran esporádicas y muy impresionantes.

A mí me angustiaban esos gritos y deseaba vivir en libertad. Me entró neurastenia, me cayeron todas las calamidades encima: tifus, tristeza, debilidades. Lo único positivo era mi hijo: él fue el amor más grande. La maternidad me provocó inmensa alegría a pesar de los sinsabores. Comprendí la idiotez de casarse virgen, joven, inmadura. Sin duda, nunca habría de repetir el horror de experimentar la experiencia del matrimonio.

Mi madre jamás fue a verme, sólo mi papá me visitaba. Añoraba Viña del mar, a mis amigas y amigos, a mi querida y adorable mama.

Años después supe que la Preciosa Sangre era claustro cuando pregunté a mi marido el origen de ese convento. Más tarde me impresioné al saber que allí tuvieron enclaustrada a la escritora Teresa Wilms Montt.

LA LEONA JULIA

Pasamos un tremendo susto, pues mi padre, entusiasta y travieso, había comprado una leona africana en un circo, en Limache.

"La famosa Julia, bailadora de cueca" al son de la música de la banda del circo, caracoleaba. La transportaron en una jaula de madera. Rugía la leona Julia con bríos crueles para nuestras tímidas reacciones.

Llamaban por teléfono a mi madre para que ella convenciera a nuestro padre de desistir de su propósito de soltar a la leona, pues su intención consistía en buscar perros leoneros y preparar una espléndida cacería.

En los diarios locales, lo atacaban condenándolo. Nosotras parecíamos gallinas amenazadas de mil temores por mi madre.

A menudo he pensado cuán defraudado se sentiría mi padre de la estúpida y miedosa familia que no lo animaba en ninguna de sus diversiones.

Como la leona rugía sonoramente al arreciarle el hambre y nos impresionaba con el escándalo de comerse medio caballo diario, para concluir con tanta alharaca mi padre regaló la leona Julia al Zoológico del San Cristóbal, donde tuvo larga descendencia. Allí íbamos siempre a visitarla.

CORRIDA DEL VENADO

Don Germán Riegel le regaló a mi padre una pareja de venaditos encantadores para formar crianza. Por mala fortuna, uno de ellos se pasó al fundo Las Salinas y los conscriptos de la Escuela Naval no hallaron nada más entretenido que corretearlo hasta pillarlo y lo mataron y asaron como un vulgar cordero, sabiendo que pertenecía a Reñaca.

Mi padre montó en cólera con los conscriptos que festejaban comiéndose el animal de caza, carne deliciosa para paladares delicados, así que resolvió correr en cacería al viudo.

A aquella cacería había convidado al presidente Juan Antonio Ríos y almorzamos en el bosque en el lugar denominado Casas Viejas. Aquella cacería fue corta, sin gracia, el venadito sufría un ataque de miedo y timidez paralizantes.

Yo estaba embarazada y don Juan Antonio se dedicó a festejarme con tanto entusiasmo que me dio un beso delante de todos los concurrentes.

A mi padre también le mandaron del Brasil un jaguar, poco después. Fue la permanente entretención de mi hijo Jorge, que se crió al lado de la jaula.

Como Jorge apenas tenía tres meses, corría peligro, yo pensaba, y me imaginaba al jaguar devorándolo. Rogué a mi padre enviara el felino al zoológico. Siguió la misma suerte de Julia, pero el frío de Santiago lo enfermó y murió al poco tiempo.

PABLO NAVARRO

Don Pablo Navarro y su encantadora compañera Margarita Arredondo casaron a su hijo Pablo con María Vilches, quienes también se rodearon de hijos.

La autora, junto a Pablo Navarro y su señora María Vilches

Pablo Navarro se desempeñó como administrador de la Hacienda Reñaca que mensuraba cinco mil hectáreas. Era un hombre inmenso, afable, generoso, con una estatura de cacique y un don de caballero digno de ser imitado. Un carácter manso, analfabeto, de prodigiosa memoria, limpio, justo, cordial. Educado, trabajador, celoso de su condición de capataz, tolerante con la peonada que lo amaba a mil leguas a la redonda y donde su nombre se conocía y se veneraba por todos los campos de la provincia. A su muerte, vinieron delegados de todos los fundos de los alrededores y yo, que lo enterré en la tumba familiar junto a mi padre, sabía que despedía a su mejor amigo.

INCENDIOS

Por la orilla del estero de Reñaca hacia el interior, haciendo varios recovecos crecen maitenes, yerba del platero, guarisapos y pangues. Estero adentro, en el recodo donde hoy se levanta la casa de don Dionisio Hernández, acaudalado español dueño de barracas, se eleva un montículo donde se alzaba el rancho de Tabilo el carbonero y su numerosa familia.

Los bosques de pino marítimo habían alcanzado por lo menos cinco metros de altura en la loma baja y en la loma alta.

Estábamos en la casa paterna, pero mi padre ya había fallecido en aquel tiempo. Una voz angustiosa nos anunciaba a gritos la catástrofe:

Hay un incendio fenomenal en la loma alta. Don Pablo pide que manden a todos los jardineros para ayudar a apagar el fuego.

Partimos en los autos con palas, azadones y los ocho jardineros en mi auto y el de Gastón. Ya en el lugar alto, horrorizados pudimos apreciar como las llamas lengüeteaban las crestas de los pinos. Chirriaban los cogollos. Ni una gota de agua alrededor; estériles se hacían los azotes de ramas. La tierra se echaba a paladas. De pronto, vi a mi hermano Gastón rodeado de fuego y salpicado de la trementina de los piñones. Felizmente, Gastón dio un tremendo brinco y montó al anca de una yegua que, valiente y ágil, saltó a través de las llamas fuera del círculo de fuego y chispas.

Una brasa se introdujo en la sandalia de mi hijo Andrés, que tenía cinco años, y debimos detener nuestra huída del fuego que nos alcanzaba. El niño sufría y su pie humeaba y el Quisca lo tomó en brazos y lo metió al auto.

Los peones y jardineros y todos los vecinos se presentaron. Las chispas volaban; el viento, lejos de amainar, se tornaba más salvaje. Los campesinos usaban ojotas en su mayoría y también ellos estaban expuestos a padecer el mismo accidente de Andrés.

La ventolera en vez aplacarse se tornó bailarina y silbaba.

Los campesinos daban muestras de un coraje que rara vez se advierte ni menos aún se valoriza. Mientras anteponemos nuestra salud a todo otro interés, en el campesino prima la defensa del bien del patrón por sobre el suyo. Están hechos de una pasta que les hace posponer su libre albedrío. El trato es como un bien religioso que está por sobre su propia conveniencia.

Una tarde plena de mansedumbre estaba recogiendo huilles anaranjados en el bosque de eucalipto. En eso, vi bajar a Pablito a todo galope montado en la mulata brava:

¡Teresita! Hay un maniático, encendedor en mano, prendiendo fuego a todos los pinos. Vengo a buscar gente para liquidar al pirómano. Suba usted. El camino está malo, pero haciendo empeño puede llegar arriba.

Y tal como me lo recomendó Pablito, puse la camioneta en marcha y partí hecha una exhalación. Y allí vimos a un motociclista prendiendo los árboles con un encendedor. Era un individuo que no pudimos aprehender, pues se arrancó a gran velocidad.

CASAS

Mi madre era una mujer ejecutiva e ideó convertir unos potreros en un parque. La tierra no era nuestra, sino de don Germán Riesco, Carlos Rogers y otros dueños de la Sociedad Balneario Montemar, y hubo de comprarla. Como principal medida, pensó en el agua. En Reñaca alto estaba el Tranque del Pidén. Entre pangues, panales de abejas, culén, plumas blancas, fucsias, arenas y piedras, se hizo una acequia por los cerros y quebradas hasta un estanque grande que se transformó en piscina. Con ayuda de una bomba se regaba desde allí un terreno de dimensiones equilibradas, proyecto que se cubrió de pinos, ciprés macrocarpa, graderías de ladrillos, espejos de agua, avenidas de flor de la pluma, palmas, cocus plumosas, fénix, strelitzias, buganvilias, yedras rosadas, sandillones, suculentas, quiscos, "rock & garden', pajarera para albergar toda clase de pájaros silvestres: desde un chincol hasta una paloma cuculí. Poco a poco fuimos liberando a las aves y llegó un jaguar que el mayor de mis hijos se entretenía observando con deleite.

El exuberante jardín había llevado a mi madre a ambicionar una casa amplia donde todos fuimos desgraciados. Con el paso de los años y las frustraciones, quiso venderla.

Mi marido proyectó esa casa tal como mi madre la deseaba: grande, con azulejos, corredores donde se veían cabezas y patas de zorros, artesonados en oro, verde y rojo.

Pronto mi padre sufrió un ataque al cerebro, causado por una caída del caballo en una zorreadura, y estuvo cinco años paralítico, sin poder hablar...

¡Jamás volveré!, dije, y así fue. "Los ingleses van a cuidar el parque", había dicho mi madre. Sin embargo, pasaron bulldozers y arrasaron con toda la hermosura del lugar. Incluso dejaron secarse los árboles. Ese es ahora el Colegio Mac Kay.

Pudimos ver cómo agonizaban los arbustos, los árboles y los prados. La única riqueza que dejaron fueron las cocus plumosas, un ceibo y un ombú. Nada sobrevive de la anterior riqueza vegetal...

Quinta Hamel en Reñaca, ahora Colegio Mackay

EL QUISCA

Alfredo Salinas Armijo se fue a vivir a la punta de una duna, donde no existía camino ni electricidad, pero sí se oía el estruendo de las olas del mar embravecido y su resaca turbulenta.

La casa vieja era encantadora. Yo me instalé en un médano y ahí comencé a construir otra con preciosa vista hacia Valparaíso y el Pacífico. Era toda de troncos de eucalipto y pino, azul y blanca y Pablo Neruda la bautizó "La Cristalina". Allí transporté tierra vegetal, y sembré plantas y suculentas y árboles innumerables.

La casa del Quisca, el jardinero, era espaciosa, con una salita comedor y cuando vino la época de las vacas flacas, la ocupé. A él le hice una cabaña de madera y arrendé "La Cristalina". Así pasamos esos años en que no había dinero y yo vivía en Santiago y trabajaba en el fundo "Santa Luisa". Era muy agobiador. Yo, en cuanto a campesina, era la ignorancia misma, pues me hacían lesa y el protegido de mi mamá era un sinvergüenza. Un día avisaron que me iban a expropiar el fundo y yo bailé de contento. Estaba harta de ser explotada, utilizada y regañada.

En la mañana entraba el Quisca en la punta de los pies, silencioso, con chamizas a prenderme la chimenea, cuando el sereno deja su huella húmeda en el amanecer invernal. Corría a pie resguardándome vigilante al galope de mi yegua tordilla. Nosotros recorríamos desde Chiricauquén hasta Ña Mica y la peonada nos conocía.

Recuerdo cuando yo tenía trece o catorce años, iba un día a caballo y vi una culebra. El Quisca me advirtió:

Cuidado, no vaya a matarla, trae mala suerte.

Me pareció un desafío, sobre todo a mi feminidad. Corté una varilla de palqui, cogí la culebra de la cola apresurándome a aplastarle la cabeza con mis botas y la maté.

Ahora, descuéramela.

¡Cómo se atreve! Le va a traer infortunio.

¡Puras supersticiones, inculto!

Llegué a la casa con la culebra amarrada a mi montura. Al pasar por las casas de los reñaquinos los desafiaba:

¡Vengan a ayudarme a descuerarla!

Cada uno meneaba negativamente la cabeza. Nadie se atrevió a tocar la bicha de un metro y medio de largo. La colgué en una tabla, busqué una navaja y con ella la tajeé de arriba abajo y al pelarla era igual a un pescado. Su piel la clavé en la misma tabla para llevarla a la curtiembre. Hasta ahora la conservo.

Quiero reconocer en la persona de Alfredo Salinas al amigo que siempre tuve a mi lado. Me acompañó en mi ataque hemipléjico y no me dejó abandonada en ningún dolor ni enfermedad. Lo tuve hasta el último instante y se mató por mi culpa.

¡Ah, Quisca! Amigo mío, Quisca, bienvenido, jardinero de voz cristalina. Tus madreselvas, tus pescados ahumados, peón de ojota, corredor a la par de los perros zorreros, bailador de cueca sin fin, tomador hasta perderse, campeón de dominó y 'back wind' del equipo de fútbol de Reñaquino, te echo de menos, por eso, para que nos hablemos en la Eternidad, te enterré al lado de mis padres...

Teruca con Alfredo Salinas "El Quisca"

TRAGANDO LA MEDIOCRIDAD

La nueva teoría del conocimiento.

¡Cuánto tiempo perdido!

Hay que comenzar. Habrá tiempo para contar todo aquello que desee escribir, en una computadora. Los cambios han sido enormes. Les doy las gracias a quienes me han dado el tributo de su tiempo.

Soy autodidacta, a pesar de que en mi hogar reinaba abundancia, nunca nos compraron un libro. Por vez primera tuve la posibilidad de entrar en una librería y obtuvimos una revista inglesa de ballet donde estaba la vida de la Pavlova.

Escribo con mucha dificultad. Siempre he estado apurada, descontenta.

Pocas personas tuve sinceras: demasiado halago a mi alrededor. El diccionario es mi amigo.

Creo en las influencias y las contradicciones, vanidades en la competencia y en la tontería. La influencia negativa resultaba además una burla.

Todo el estudio como escolar era en francés: hasta la física y la química. Ignorante en castellano, he escrito con esfuerzo. Difícil me fue aprender con la confusión de idiomas. Hay cuentos que los he rehecho veinte, treinta veces. Creo que lo fundamental es centrarse y persistir.

El autoritarismo de la época y la represión me hicieron insegura.

Sorpresa. ¿Qué se puede inventar? Siento frío, paralizada, me niego a participar en lo desconocido. Si me quedó dormida, la mano se me pone dura. Oigo mal, herida.

APRENDIZAJE

ENCUENTRO CON GABRIELA MISTRAL

En 1946, viajé, con el ánimo de conocer otros países vecinos y los Estados Unidos donde fui a estudiar. Así supe de carnavales en el Country Club de Lima y en La Habana, grávidos de voces, de música y cantos. Cada vez que visito un país latinoamericano, le encuentro hechizo y prestancia. Se reafirma en mí la necesidad de unir la América Latina libre: la magia de este continente clama por su integridad.

Nueva York me puso en contacto con artistas plásticos y arquitectos de categoría. Llevaba el encargo del Chino Bresciani de comprar todo lo que cayera en mis manos de Gropius, Le Corbusier, Mies Van der Roe, Richard Neutra y Henry Wright. Felizmente me fasciné comprando libros e interiorizándome de su contenido. Me interesó el movimiento que originó Gropius junto a Paul Klee, Kandisnsky, Laszlo Molí-Nagy, Lyonel Feininger, Adolf Meyer, entre otros, en su centro Bauhaus, provocando una revolución en el arte industrial: introducción de muebles de acero, textiles modernos, casas prefabricadas en serie, "The red cube", "Arm Horn", edificio experimental, oficinas en edificación vertical, combinación de metal y vitrales, lámparas y objetos, etc. Este equipo de profesores que le daba actividad, balance, dinamismo, abarcaba desde el estudio de la composición de la luz hasta marionetas geométricas, tipografía, displays: toda la interinfluencia cultural.

Su conocimiento me significó entrar al New York School de la Calle 40 a estudiar Decoración Interior y Windows Display, lo que me fascinó. Allí las clases eran deficientes, salvo la de Iluminación, mas sus alumnos transmitían su saber. De regreso, trabajaría en las grandes tiendas de la 'Ville de Nice'. Para mí era importante ganar dinero.

La mayoría de los artistas habían venido de Europa arrancando de la guerra. Estos artistas enriquecieron sin duda el arte contemporáneo con sus innovaciones.

En ese tiempo, las vitrinas de la Quinta Avenida lucían espectaculares, plenas de imaginación y de elementos novedosos. Reflejaban la novedad del acontecer representando un rol social además de la exposición de la mercadería.

El Museo de Arte Moderno de la Calle 52 abría sus puertas todos los días, excepto el lunes, para que estos pies recorrieran sus salas, asistieran a sus exposiciones, exhibición de películas documentales y visitaran las salas de los socios, gente acogedora, fascinante. La primera visita me dejó asombrada. Nunca había visto un cuadro auténtico de fama universal, sólo reproducciones, y allí me encontré con: Rousseau y su Encantador de Serpientes; la Guernica poderosa; Dalí en su sueño metafísico; Braque, frío, intelectual equilibrado, inteligente con sus naranjas y caobas; Van Gogh con su fuerza cromática. Ver el primer Matta con su Ángel Alado, esa especie de 'ovni' chilenito, meneándose en su atmósfera sideral, me produjo alegría indescriptible. Pude refocilarme ante los cuadros, fui descubriendo el parentesco pictórico de Gauguin y su follaje animal que se advierte en Matisse a cada tijeretazo de collage y en la sobriedad de los Calder. También lo encontré en ese azul vibrante de Manet, en los cuadros de Picasso. Enfrentarse a Guernica es exponerse al estallido de algo íntimo dentro de uno, una emoción compulsiva realmente conmovedora, violenta, arrasante, hermosa y siempre eterna.

Deleitarse junto a las obras del Museo de Arte Contemporáneo con sus vibraciones, sus colores, su ambiente, su belleza, obliga a reflexionar sobre el atraso de Chile donde estamos a cien años luz de esa posibilidad. Penetrar en una sociedad abierta que te abarca el arte y te faculta desde el nacimiento para reconocer un Klee, un Picasso, un Matisse, da ventaja. ¿Verdad?

Mis conocimientos de los impresionistas me ayudaron notablemente a apreciar la exposición de Gauguin que organizó la Cruz Roja Internacional en Washington. Esos inmensos cuadros expectantes, el impacto del color de las Islas Marquesas, Tahiti, Atuana, Samoa, sus rostros primitivos y esas flores gigantes, fue contemplar algo distinto: descubrir un continente.

Otro notable acontecimiento que me excitó en Nueva York, fue la notable recepción a Gabriela Mistral, a quien le habían otorgado el Premio Nobel de Literatura y llegaba por esos días a celebrarlo. Yo, al igual que toda la colonia chilena, estaba convidada al Wardolf Astoria. Ella fue recibida, naturalmente, en aclamación triunfal y presentada por el embajador de Chile. Pronto me quedé sola ante esa mujer

enormemente alta, imponente y yo, asustada de su estatura y del fulgor que emanaba, permanecí muda. Ella, sonriendo, me dijo: "¡Qué bueno que nosotros, los chilenos, seamos andariegos! En todas partes nos encontramos; nos gusta caminar..."

Quedé pasmada. Fue como si la cordillera de los Andes se me acercara a mi frágil contextura. No era sólo una impresión espiritual, sino que había una relación física. Resultaba hermoso ver a todos los chilenos tan orgullosos de su poetisa, poetisa del norte, abandonada, casi desconocida. Esa misma impresión me la produjo Victoria Ocampo cuando en la SADE (Sociedad Argentina de Escritores), en Buenos Aires, se me acercó y estuvo la mayor parte de la velada conversando conmigo. "Pero ¿de qué conversabas tanto con Victoria Ocampo?" , me preguntó Margarita Aguirre.

Acerca de ti, le contesté.

En 1949, emprendí un viaje a Europa, principalmente a Francia, donde me inscribí en cursos de Literatura Francesa Contemporánea en la Sorbona.

Me hice amiga de varios poetas franceses, quienes por costumbre concurrían a reuniones literarias en distintas casas. Me llevaron de visita donde la condesa de La Rochefoucauld, mujer elegante, culta dama del mundo parisino, y trabé amistad con la mujer y el hijo de Maurice Rostand, pareja extravagante y divertida, acostumbrada a chacotearse con auditorio. También allí actuó Stravinsky, el mejor intérprete de Chopin. En una fiesta me encontré casualmente con XX, un espléndido músico, director de la Orquesta de Montecarlo, con quien había estado en el Country Club de La Habana.

Volví a Europa en varias ocasiones y me declaré enamorada de Grecia, no sólo por su belleza artística, sino también por el atractivo de su raza.

ENTRE ESCRITORES

Amigo-amigo fue Pablo Neruda, quien ejerció suma influencia en mi vida, por su intermedio conocí a destacados escritores; asistí a congresos encuentros que ampliaron mis conocimientos y esa familia humana de las letras.

En Santiago solíamos juntarnos a mediodía en el café Sao Paulo, de la calle Huérfanos al llegar a Bandera. La mayoría era joven y amante de escribir; casi todos habían concebido un cuento, un ensayo de filosofía, un poema. Jugábamos a los objetivos con Braulio Arenas y Fernando Alegría. Intercambiábamos futuros libros y sueños en medio de un alegre desorden, donde se iba de una mesa a otra, se daban voces, se pedían cigarrillos; una voz demandaba: "¡Convídame un café!"

Curiosamente, la calle Ahumada ha sido escenario de algunos cambios en la vida intelectual, política y cultural, pues además de la Nascimento se inauguraba la Editorial del Pacífico y se ampliaba la Democracia Cristiana. Allí acompañaba a los cerebros Darío Carmona, un español acelerado, amistoso, persuasivo, con su labia incesante, como la mayoría de los refugiados de la Guerra Cívil Española. Allí uno se topaba con Miguel Serrano, Jaime Castillo Velasco, Luis Thayer, Eduardo Frei, Raúl Morales. A las doce del día se reunía el enjambre inquieto a "copuchear". En el subsuelo funcionaba una sala de exposiciones de pinturas y grabados, dirigida por Rebeca Yañez.

Creábamos hallazgos casuales, caviar negro, turbulencias, "otras voces, otros ámbitos", distintos caminos. Tranquilamente planeaba el destino, ampliaba la visión, el oído, la pupila, los tentáculos. Presentíamos cambios, innovación enloquecedora de la autonomía, del ego anónimo. Entremos en los compartimentos, ninguna confusión revuelta. No se permitía la mezcolanza, ningún majadero perturbará la mañana. Cada uno sabía su camino.

Concurrían los hermanos Arturo y Carmelo Soria, Jorge Onfray, Mario Espinosa, Jorge Edwards; a veces, Pepe Donoso; una aparición de Matta, algún

Con Manuel Rojas, Ricardo Latcham y Francisco Coloane

Sus grandes amigos Rubén Azócar y Armando Cassigoli

Teruca con sus amigos Camilo Mori, Pablo Neruda, Nemesio Antúnez

Con las escritoras Isabel Velasco y Ester Matte

cineasta; René Kocher, Cata Undurraga, el dueño de la librería "Dédalo", de la librería del Pacífico; Darío Carmona, rara vez Benjamín Subercaseaux; Armando Cassigoli, Marta Jara, Ester Matte, Braulio Arenas, Margarita Aguirre, José Santos González Vera. Un día de esos, me tocó oír una gritería proveniente de los transeúntes contra los carabineros a caballo. El pueblo enardecido tiraba piedras y recibía balas. Nos asomamos a mirar hacia el Pasaje Matte y nos pasó una bala a pocos centímetros. Hubo muertos. Cuando arreciaba el enfrentamiento, la gente comenzó a destruir los semáforos de las esquinas. Pasaban las "cucas" o furgones policiales piteando.

ARMANDO CASSIGOLI

Margarita Aguirre, amiga mia, fue quien me introdujo en la vida de los escritores. Ella me invitó una noche donde Alejandro Jodoroswski, en un viejo molino abandonado, en la calle Villavicencio. Se ingresaba entre muchisímas escaleras que conducían al taller. Nosotras nos encaramamos por la de un zapatero que remendaba suelas. Al llegar, me encontré con amigos conocidos. Recuerdo a Etienne Froie, adicto cultural de Francia, Pepe Echeverría, Enrique Lihn, Raquel Jodorowski y mi tío Enrique Nieto Matta entre una muchachada alegre y parlanchina. En ese entonces se acababa de estrenar una película de Marcel Marceau y el Instituto Chileno Francés había auspiciado la puesta en escena de "La Loca de Chaillot" por el teatro de Ensayo de la Universidad Católica, con muchas escenas de pantomima dirigidas por Etienne Froie.

En ese vasto espacio, Jodorowski había montado un teatro con agujeros que dejaban ver dibujos de Lihn donde hombres acariciaban con plumas unos enormes pechos femeninos.

Esa noche brillaba la luna llena en una azotea semejante a la de mi infancia. Unos musicos tocaban jazz y las parejas enlazadas no dejaban de bailar. Comenzó el espectáculo donde los mimos actuarían en un ambiente teatralmente iluminado. Entre Enrique Lihn y Alejandro Jodorowski principió una escena dramática y melancólica donde Pierrot pedía limosna a un ricachón y éste lo maltrataba.

Allí conocí al compositor Gonzalo Toro, quien me invitó a su casa, en la avenida Pedro de Valdivia, a escuchar música en una sala embaldosada de rojo y negro; como muebles únicos, una totora y un piano. Me senté en la totora y Gonzalo al piano, cuando de pronto irrumpió como un bólido un muchacho hermoso, simpático, desinhibido, con una muchacha fina y risueña, cogidos de la mano: "¡Nos casamos! -gritaba- ¡Nos casamos!" Y corrían escaleras arriba y bajaban y volvían a subir, locos de contento y alegría. En el jardín, en medio de enhiestas malvas resplandecientes,

su voz vibró. Ahí supe que eran Armando Cassigoli y Magda Salomon. Desde ese día nos hicimos grandes amigos.

Ricardo Latcham y Armando Cassigoli se merecen admiración por ser escritores de categoría en su género.

Pocos amigos tuve como Armando, aparte de su generosa atracción sobresalían sus chispeantes recursos imaginativos. En toda su narrativa aflora una preocupación religiosa de la lucha por la liberación del hombre, en especial, por el que se defiende del despojo. Una se sorprende del ingenio de este escritor mal conocido. Cassigoli narra con bríos, sin comentarios profundiza en la historia latinoamericana; despierta expectación al investigar al aborigen en costumbres y tendencias vernáculas arraigadas y prevalecientes hasta el día de hoy. Es estremecedor "Angeles bajo la lluvia". Riqueza de lenguaje, humor ternura revela "Pequeña historia de una pequeña dama", a más de observación de la vida cotidiana. "Sobre la sangre, llamas" es un hallazgo de la palabra con voz certera y tono justo para condenar a los conquistadores. En todos sus cuentos aflora una preocupación religiosa y uno se sorprende de su ingenuidad. En filosofía fue un ávido buscador del destino que hiciera más noble e inteligente al ser humano.

Para el golpe, Armando Cassigoli era decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile. Se refugió en la embajada de México. Apenas lo supe, me dirigí hasta allá para pedirle que desistiera de asilarse, pero la resolución ya la tenía tomada.

Llegó la hora del éxodo; empezaron a irse casi todos los amigos. Era raro el que no se hallara en el extranjero.

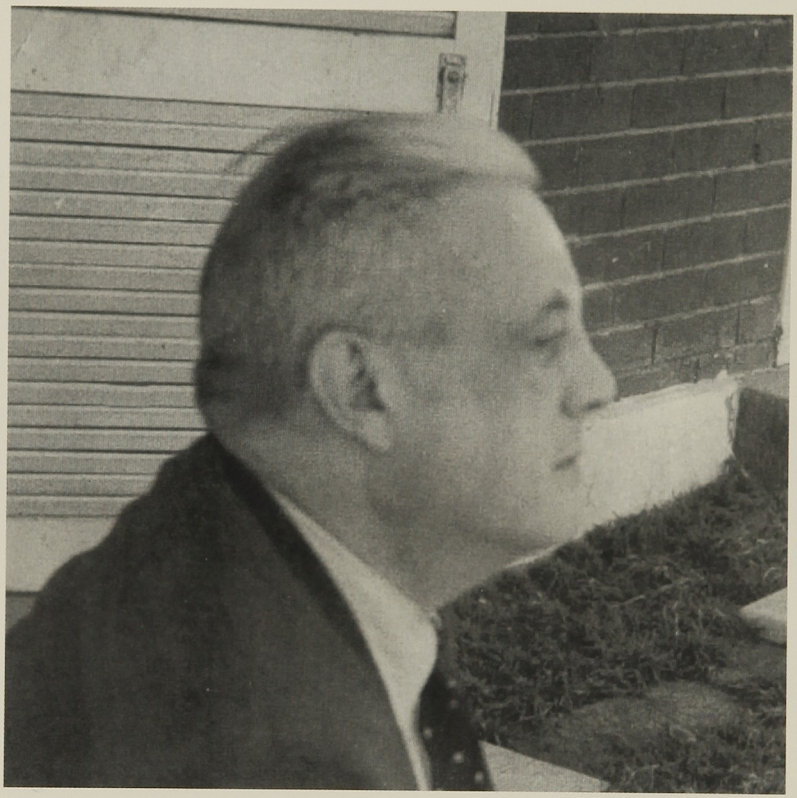
Un tiempo después, invitada a un congreso de mujeres en México, estuve con Armando quien ya estaba enfermo. Pero seguía siendo un hombre alegre aunque se le notaba el cansancio, neurosis y agotamiento.

Fue doloroso verlo años más tarde, angustiado y pesimista, cuando volvió a Chile en un viaje, diríase, de despedida. Ya le habían amputado una pierna. Era un Armando descorazonado. Se encontró con pocos amigos que tratamos de fortalecerlo para que tomara una esperanza. Quienes lo hayan conocido, sintieron por él la amistad de fondo, su júbilo, su ángel.

Recuerdo un fragmento de su poema "Por lo que vivo", donde expresó su más intensa añoranza:

"Un viento de nostalgia azota y quiebra
los tristes ventanales del exilio;
el Pacífico me baña en otras tierras,
pronuncia el nombre 'Patria' en otro sitio".

Armando Cassigoli, su esposa Magda Salomon y sus hijas



Ricardo Latcham, crítico literario de excelencia

RICARDO LATCHAM

Una mañana fuimos con Armando Cassigoli donde Ricardo Latcham, profesor del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, quien vivía en Huérfanos, en un pasaje entre Mac Iver y Miraflores. Apenas Armando tocó el timbre, el propio Latcham abrió la puerta y con alborozo nos hizo pasar. Andaba descalzo, en piyama de seda. Se paseaba incesantemente hablando de don Mariano Latorre, de don Antonio Doddis, de lo eficaz que era Estercita Matte, directora de la SECh; del poeta Pedro Lastra: "es un muchacho callado, pero llegará lejos por su seriedad".

Ricardo Latcham conoció en profundidad la literatura latinoamericana, se mantenía en el conocimiento de la evolución del quehacer nativo. Pocos en Chile tienen su altura. No estoy preparada para profundizar entre grandes hombres brillantes. Ricardo Latcham lo era. Escucharlo me pasmaba, pues sentía una admiración y un asombro maravillado ante él. Conocía profundamente la literatura latinoamericana y mantenía la filosofía del quehacer creador. Pocos en Chile permanecían en la cresta de la ola como él. Ricardo y Armando se fusionaban en óptima hermandad.

Los tres íbamos al "Nuria" a tomar gin con gin. En alguno de esos momentos Armando le comentó algo de mis narraciones. Latcham leyó mis cuentos y se entusiasmó al punto de elegir uno, "El forastero de sí mismo", para incluirlo en la ***"Antología del cuento latinoamericano"*** (Zig-Zag 1958). Me indujo a seguir escribiendo: él fue quien más me alentó.

Marta Jara y su hijo Paolo,
Armando Cassigoli y sra., Teresa Hamel, Héctor...

MARTA JARA

Pablo Neruda me presentó a Marta Jara en Los Guindos, a la sombra de unos espléndidos castaños cuyo ramaje umbrío filtraba los rayos del sol, al fondo se destacaban unos caquis cuajados de frutos maduros, anaranjados, advertidos por Marta, imagen que colmó mi sensibilidad vegetal. Algo sincero, directo y alegre me amigó de inmediato e iniciamos una camaradería que duró hasta su trágica y desdichada muerte.

En ocasión del cumpleaños de Neruda, fuimos con Marta a Isla Negra en un Citroen enorme. Le llevábamos un juguete comprado por él. Nos acompañaban Kena Sanhueza, Efraín Barquero y Elenita, su mujer, Armando Cassigoli, Poli Délano y Gonzalo Toro. Además, transportábamos el organillo cuyo formidable sonido causó expectación en Melipilla, en El Monte y en Cartagena. La gente nos pedía el lorito que escoge la suerte y, como no lo teníamos, Marta, con suma gracia, desempeñó el papel de pitonisa.

Fue aquél un paseo delicioso que terminó en Lo Gallardo bajo el alero de la señora Momo del Río, encantador ser fino y culto.

Otro día, almorzamos en casa de Pita Barrios, en San José de Maipo, debajo de la enredadera en flor de la pluma y entremedio de millones de dedales de oro, y corríamos a la orilla del río como chiquillas traviesas, emparejándonos con el tren que reptaba cordillera adentro.

Pero de cuanto vivimos juntas, nada se asemeja al viaje que emprendimos a Chiloé. Mientras Marta y yo navegábamos en las chalupas por los canales, conversábamos de la germinación, de la fragancia del espino y del olivo de Bohemia, de animales silvestres y de aves acuáticas.

De pronto, cortó un gancho de ciprés de las Guaitecas y lo refregó con deleite hasta que se impregnaron sus manos del fresco aroma y enseguida nos dio a oler su penetrante perfume con la sabiduría de quien se identifica con la naturaleza.

Siempre era alegre, incluso reía de sus problemas. Admiraba con pasión a Faulkner y en esa época escribía mucho. Una tarde me leyó ***"Gancho e'mata"***, una magnífica novela que por desgracia jamás se publicó.

"El Vaquero de Dios", editada por Nascimento en 1949, y ***"Surazo"***, que obtuvo en 1961 el Premio Alerce y el Premio Municipal, son dos extraordinarias obras tratadas con pleno dominio del idioma, profunda observación de lo criollo y, sobre todo, con una tónica poética digna de privilegiados escritores, no gozaron a mi juicio de la difusión que se merecían.

También las penas nos unieron. La vida la golpeó impíamente y todos los que la rodeábamos, unos más, otros menos, fuimos cobardes y la abandonamos, porque con nuestros propios problemas nos basta. Con todo, siguió luchando, pero ¡ay! del escritor que carece de respaldo afectivo y económico, que se mantiene íntegro en los recintos de su creación, porque será el escogido por las enfermedades, por las alteraciones nerviosas, por las frustraciones y también las editoriales lo explotarán. Ningún gobierno se ha preocupado jamás de conceder una pensión para los que sueñan, crean un Chile culto de pensadores y tratan de embellecer esta dramática vida.

Veo a Marta Jara, cuando nos encontramos en Carelmapu en un viaje azaroso de escritores a todos los cuales llamaba "familia", su rostro lleno de alegría, con los brazos extendidos, envuelta en una manta de Castilla como una gaviota volando por el espacio.

"Surazo" es el drama de la soledad isleña en un contorno agresivo: palafitos inestables rodeados del constante flujo y reflujo de las crecidas continuas de las mareas, custodiada por los volantes aseadores, los buitres, merodeadores de todo lugar viviente. A veces se posan sobre las ovejas para arrancarles las garrapatas junto a un trozo sanguinolento, hiriéndolas con su pico rapaz.

Aquellas son islas cultivadas por manos femeninas, al igual que la vestimenta, la cría, la pesca. Ellas bucean buscando afanosamente el fruto, la delicia oceánica

que de tanto gustarla deja de convertirse en el bocado sabroso y sensual. Ellas intervienen en todo, salvo en la construcción, la tala y los astilleros que son faenas varoniles.

"Surazo" trata del quehacer, de la monotonía de lo cotidiano, mientras avanza en un realismo crudo, doloroso, apoderándose despiadada de un viejo que inquieto:

"frotó el fósforo suavemente y lo alzó manteniéndolo lejos de sí; enseguida, antes que se consumiera, rápido, empujó el catre hacia adelante, guiándolo y deslizándolo a través del espacio despejado. A medio vestir, parecía agitarse en una danza grotesca según entraba o salía del marco tenue de luz, fantasmal y terrífica, avanzando furtiva en la tiniebla".

Desvelado, el anciano en esa tranquilidad que produce el horror a lo desconocido, "empujó una vez más el catre" como para apurar las penumbras y llegar cuanto antes al alba:

"Y el viento barriendo, galopando las islas semejante a demonios que atronasen horrísonos, desatentados... y la lluvia cayendo..."

Y en líneas siguientes agrega:

"Y como si de toda la insonora continuidad indescifrable, de la vastedad sin espacio y sin tiempo, pudiera desprenderse un sentido que llegase hasta él cabalgando en la glacial humedad nocturna, el viejo reconoció en la pringosidad helada de su esternón y de sus rótulas el signo antelado de su muerte".

Es inolvidable la descripción de ese viejo admirable que piensa: "No duraré hasta el buen tiempo""

Y la autora deja adivinar,

"en tanto repasa el chal que lo cubre un rosario de cuentas", el nexo hija o nieta que lo cuida "poniéndole un cuero de oveja debajo de los pies".

Maruja Vargas de Mori, Julia Cohen, la escultora Marta Cólvin, Teruca, Nena Eastman. Sentadas: La fotográfa Rebeca Yañez y las escritoras Margarita Aguirre y Marta Jara

Conmueven la ternura y la vigilancia permanente, el acecho día y noche ante el miedo a la muerte.

Se destaca en la prosa prístina de Marta Jara la elección de sus personajes humildes, valientes, carentes de complicaciones. Allí manifiesta sensibilidad social, percepción del dramatismo auténtico del individuo, sea niño, mujer, vieja o joven; guerrea contra los elementos naturales arrasantes, destructores, ganándole con braveza a la tempestad, a la lluvia, al terremoto, al deslizamiento de tierra donde los dioses no acuden en sosiego del hombre, más bien perturban la tremenda soledad, el esfuerzo por sobrevivir sin resuello al afrontar una pobreza continuada.

Seguirá Marta Jara en ese macabro, alternado juegomiedo:

"Y comenzó a golpearse el pecho mientras rezaba con urgencia: Dios mío Jesucristo, Dios y hombre...:

A la mujer que acompaña al moribundo la asalta la preocupación:

"De un repente se va a morir. Su reflexión no involucraba pena ni temor, reconocía lo inevitable. Ojalá que dure hasta el buen tiempo, deseó. ¡Tan solas! ¿Quién nos va a ayudar a llevarlo a enterrar?"

Marta Jara no omite detalle para realzar el relato y hacerlo más verídico. Extraordinario estilo pleno de párrafos impecables y adjetivación justa, precisa, enriquecedora de esa estoica pobreza y desamparada existencia de quienes aceptan sumisos ante Dios una suerte madrastra.

Los sentimientos, bondad, amor, respeto a la vida, ayuda al necesitado, socorro al enfermo, le regalan valor primordial sobresaliente. La calidad humana de Marta Jara cautiva: cultiva una obra maestra.

Al leerla, queda a la vista el conocimiento del idioma y el fluir llano, espontáneo y preciso que elige para expresarse. En un apunte magistral dirá:

"Sus manos náufragas descansan sobre las rodillas y en su postura abandonada, no pasiva, revelan algo de vencido".

En el momento culminante, tembloroso y devastador, el hombre observa:

"...y es como si golpeara con ella la puerta cerrada de la iglesia que en el punto más alto y a sus espaldas, en medio de la isla, se yergue solitaria y desierta, desolada, oscura y vacía. Sorda. Y aunque vuelto hacia el canal no puede verla, la contempla, sin embargo, dentro de sí, envuelta en la llovizna (...) dejándolo irredento y fuera del perdón".

Y así, entre el repaso del diario vivir ocurren nimios aconteceres:

"...sentimiento impalpable pero preciso y adverso que aísla al viejo, que lo excluye e incomunica (...)condenado en su silla (...) el viento sobando la casa(...) se niega a acostarse, quiere morir de pie, permanecer en su silla con los demás, con los forasteros que han llegado de muy lejos, pero la mujer insiste ..."Vamos ya. No esté durmiendo sentado". Así que solo y amedrentado, yace ahora en su cama. No duerme. Desde ella, vigila la puerta entreabierta (...) a la luz moribunda e insuficiente pero que le sobra para comprender que nadie puede ni vendrá a reconfortarlo, que deberá saldar y apurar sin ayuda de ninguna especie esta deuda adquirida en el momento mismo de nacer".

Marta Jara, dueña de idioma copioso, rico, excelente, usando todo el poder que el conocimiento le confiere, crea una obra de arte dramática, admirable con un argumento eterna preocupación humana que la hará renacer y perdurar dentro de la más alta esfera del huerto de las letras chilenas. Profunda, densa, con su temática de las soledades australes, isleñas, con ese sufrimiento arrebozado donde se ignora el descanso y trabajar constituye la única entretención.

Pensar que una prosista como ésta puede escribir un libro magistral, fértil en contenido, magnífico en caracteres, y pasará totalmente inadvertido, sin traspasar fronteras más allá de San Bernardo, La Florida, Conchalí y, apenas, Las Condes.

PABLO NERUDA

Me incorporé a la Sociedad de Escritores por el año 1951. Para entonces había publicado ***"El Contramaestre"***. Recuerdo haber quedado conmovida por el discurso que pronunció Benjamín Subercaseaux en la comida de bienvenida al llegar del destierro que le ofreció la Sociedad de Escritores a Pablo Neruda: Subercaseaux comparó al Pablo del Evangelio con nuestro poeta. Fue un hermoso discurso que traslucía notable cultura humanista; casi se podría hablar de desafío oratorio y Neruda respondió con ese genio poético admirable de voz sudamericana.

Yo no conocía a Neruda, a pesar de que en París me convidaron muchas veces a visitar al Inmortal. Esa noche fui a su casa. La Hormiguita era una mujer fina, culta, política y espléndida pintora. Su vida con Neruda fue interesante, rodeada de afecto y de cultura. Yo le tuve siempre respeto, pues creo hasta hoy que contribuyó a ensancharle el camino.

En su casa de Los Guindos siempre había más visitantes que los pensados. Hormiguita se sentaba al piano y amenizaba la tertulia, mientras Pablo, en compañía de algún invitado salía a un restaurante par subsanar el conflicto de abastecimiento.

Pablo Neruda fue un amigo excepcional. Quería sobremanera a sus camaradas y les expresaba ese afecto invitándolos, demostrándoles cuán importante y necesaria era su presencia.

Un día le regalé en plena calle Ahumada una corbata preciosa de seda natural llena de corazones. Él me halagó en ese momento y nos separamos, pero al poco rato nos volvíamos a encontrar en la esquina del Crillón y ya no llevaba ningún paquete.

¿Qué te sucedió? ¿Dónde está mi regalo? Yo sólo uso corbatas angostas. Me junté con un amigo y como no tenía nada para darle, se la regalé. ¡Perdóname!

Neruda y Teruca en la década del 50
(Archivo Fundación Neruda)

Neruda, Teruca y Matilde, Disfrazados
(Archivo Fundación Neruda)

Estaba con expresión tan compungida que me provocó risa y celebré su sinceridad.

Nos cogimos del brazo y nos encaminamos a la calle San Diego, donde la tienda Mex y los libreros, en busca de papeles y hallazgos de calidad, impresos, combinaciones, y germinó la amistad.

Inventó la Bota en el Restaurante Alemán de la Plaza Aníbal Pinto, en Valparaíso. Previo dibujar con los ojos vendados un chancho, se podía pertenecer a la cofradía. Allí nos reuníamos Pablo, Matilde, María Martner y Pancho Velasco, Sara Vial, Patricia Tejeda, Maruja y Camilo Mori, Homero Arce, Carlos León, Alejo Carpentier y cuanto amigo pasara por el puerto y fuera merecedor de los Botarates, y comíamos un crudo, patitas de chancho o perniles ahumados y cerveza. Toda esa diversión resultaba muy animada y jocosa. A Pablo le gustaba disfrazarse y se fascinaba con la originalidad de cada uno. ¡Cuánto le divertía ponerse bigotes, sombreros!

La más inimitable en sus disfraces eres tú me dijo un día 12 de julio, en su cumpleaños.

Esta frase provocó un singular fastidio entre las amigas, pues comenzaron con sus inmensos traseros a chocar contra mi frágil contextura. Reaccioné mal. Enfurecida me retiré del hotel. A la siguiente mañana entretejí una corona de margaritas y la ceñí a mis sienes, para demostrarles a las "mújeres", como decía de modo esdrújulo el Poeta, que existía "otra" a la que nada le importaba. De inmediato, él se puso a mi lado y no me abandonó, cosa que las molestó mucho ¡y yo quedé feliz!

Cierto día próximo a su aniversario, organizamos una sorpresa, ya que él quería pasarlo en privado, sólo con Thiago de Melo, Ana María Vergara, Matilde, los Velasco y yo.

Montamos un escenario. Thiago se consiguió la música adecuada y derramamos pétalos de rosa sobre el piso. Aparecí a torso descubierto y pies desnudos, pulseras en los tobillos, un pantalón bombacho blanco y un turbante de seda de vivos colores, con un quitasol. Thiago me tapaba la cara. También llevaba una túnica de gasa Chambery rosa y gris, collares y un auténtico cinturón de bronce de la India

y el clásico velo cubriendo la boca; las palmas de las manos y las plantas de los pies pintadas de carmesí. Irrumpimos bailando al son de la música. De pronto, me arrancó el velo y dije unos versos de Omar Khayam del **"Rubaiyat"**:

"Veloz la caravana de la vida se adelanta.
No exhales un suspiro sin placer. No te ocupes
del mañana de aquellos que hoy son tus invitados.
Llena otra vez mi copa, que avanza ya la noche".

"Créeme, bebe vino. El vino es vida eterna,
filtro que nos devuelve la juventud. Con vino
y alegres compañías, la estación de las rosas
vuelve. Goza el fugaz momento que es la vida".

Al final, Neruda escanció en mi copa un licor exquisito.

Generalmente, cuando recibía visitas que poco frecuentaban su casa, trataba por cualquier medio de destacarlas para que fueran aplaudidas y se sintieran crecer. Esa actitud de estímulo de su parte siempre me pareció hermosa y desde mi corazón se renovaba mi admiración apenas le descubría virtudes. También hacía público cualquier asomo que enalteciera la raza humana.

Con frecuencia, escribía con tinta verde en papelitos chicos y los pasaba con disimulo a quien quería informar de un nombre, de una noticia o sencillamente de algo que le interesaba dar a conocer.

Subrepticiamente, solía recibir misivas del poeta:

"Te espero a la vuelta de la esquina o en el subterráneo. Pásame a buscar en media hora más".

"Corazón de papel, de cartón para otros".

"En vano, como diría Alone"

"¿Ahora quieres darle, en camino a Reñaca, "detournándote" un poco, una mirada a Isla Negra?"

"Queremos saber si se voló el techo. Si así ha sido, te rogamos hablar con Rafita (en el almacén te darán su dirección) y pedirle que lo componga y le pase la cuenta al cuidador, para que éste se la entregue a Sergio y le pague a este buen amigo".

Neruda era un amigo constante, porque apenas partía de viaje, escribía anunciando sus menús de a bordo: quería que sus amigos compartieran sus alegrías de goloso y esa actitud lo hacía doblemente querible.

Crustáceos, algas, esponjas. Habitantes primitivos. Conchas caracoles de mar y de tierra, de variados colores, una verdadera colección del océano regaló Neruda a nuestra Universidad de Chile y nunca la he visto.

Neruda bautizaba las casas. La de avenida Lynch se llamaba "Michoacán"; a la del Cerro Florida le puso "La Sebastiana" (por don Sebastián Collado); a la de la calle Mar del Plata, la "Chascona", por Matilde, y a mi casa de Reñaca, el día de los tijerales, le dijo: "Eres Cristalina".

Gran parte de su gozo consistía en edificar. Entonces lo pasábamos en las demoliciones y cachureos.

Aunque "La Chascona" tenía su catarata, de todas sus casas, la más linda fue "La Sebastiana": una escalera de caracol de fierro, luego otra enmurallada, toda alfombrada, con varios cuadros a ambos lados. Arriba, un amplio ventanal curvo mostraba la bahía de Valparaíso, y un bar con nichos de espejos, llenos de variados cristales de colores Val Saint Lambert, cristal de roca Baccarat, Murano, checoslovacos, de Venecia. Sobre este balcón mirador porteño descansaba otro piso de dormitorio, para el cual yo había rematado un catre de bronce destinado a la pareja y, llegando

al cielo, la biblioteca acompañada de una amplia terraza. Desgraciadamente, tanto "La Sebastiana" como "La Chascona" fueron destruidas para el golpe (la última sería restaurada por Matilde Urrutia y, mucho más tarde, la Fundación Neruda con apoyo internacional restauraría "La Sebastiana").

Si Neruda gozaba de talento poético, tanto o más dotado era de habilidad para guiar a la gente. Conmigo nunca mantuvo una conversación política seria y en dos ocasiones que pretendí hablarle, se me resbaló como ulte.

También le fascinaba dibujar libros y programas con plumones "Minus", verdes. Tengo tres hojas en cartulina recortadas por él con pericia de experto.

Por medio de mi amigo Neruda aprendí a apreciar los juguetes populares a la venta en los mercados callejeros que no dejaban de poseer su hechizo.

Muchas fueron las alegrías que gozamos, habitualmente en compañía de amigos queridos. Si Neruda se enfermaba de flebitis, se tendía en una chaise-longue de cuero y conversábamos, yo a sus pies.

Le gustaba que le contara cómo eran esas fiestas campestres en Reñaca, esos rodeos o trillas a yeguas, realizadas por mi padre que era muy rangoso y popular. Entre ellas, se realizó un rodeo al pie del Torquemada, en los "Corrales Viejos", con espléndida vista sobre la bahía de Valparaíso, adonde acudieron amigos de Quillota, Valparaíso, Quintero, Chiricauquén, de todos los fundos de los alrededores.

Esta fiesta se preparaba con antelación. Se llevaba aloja de culén, cola de mono, barriles de vino tinto y blanco, corderos para asar al palo, igual que novillos, sacos de papas, quesos. Y todo adentro de innumerables carretas con varias yuntas de bueyes manejadas por un peón picador, quien iba vestido con ojotas, saco harinero sobre el arremangado pantalón, a veces el torso descubierto, una faja roja a la cintura, un clavo para picar a los bueyes, a los que también les adornaban el yugo entre los cachos con claveles y albahaca. Los organilleros subían a pie con sus catitas y papelillos de la suerte. Todo resultaba muy pintoresco y chileno.

Se armaban inmensas ramadas con eucalipto, arrayán y boldo en la cresta de los cerros, hasta donde se transportaban pianos y arpas, bancas, sillas, mesones, en carretas y a lomo de mula, pues no había ningún camino en aquellos años.

Las carretas para las invitadas y las cantoras, como Estercita Martínez, se adornaban con banderitas de papel de seda y guirnaldas y sus ruedas habían sido pintadas con azul de lavar y decoradas con manojos de girasoles.

Las mujeres vestían percalas y los hombres, atuendos de huaso con espuelas de plata, botas con flecos, chamantos, camisas a cuadritos, chaquetas blancas con numerosos botones y sombreros cordobeses; se erguían montados en sus potros briosos con riendas de cuero y argollas de plata en el cabestro. Durante el trayecto, de repente alguien gritaba: "¡Aro! ¡Aro!" y de inmediato rasgueaban sus guitarras y bailaban una cueca.

Esos rodeos eran muy animados, porque había un premio "Champion" y se esmeraban en hacerlos con mucho lucimiento.

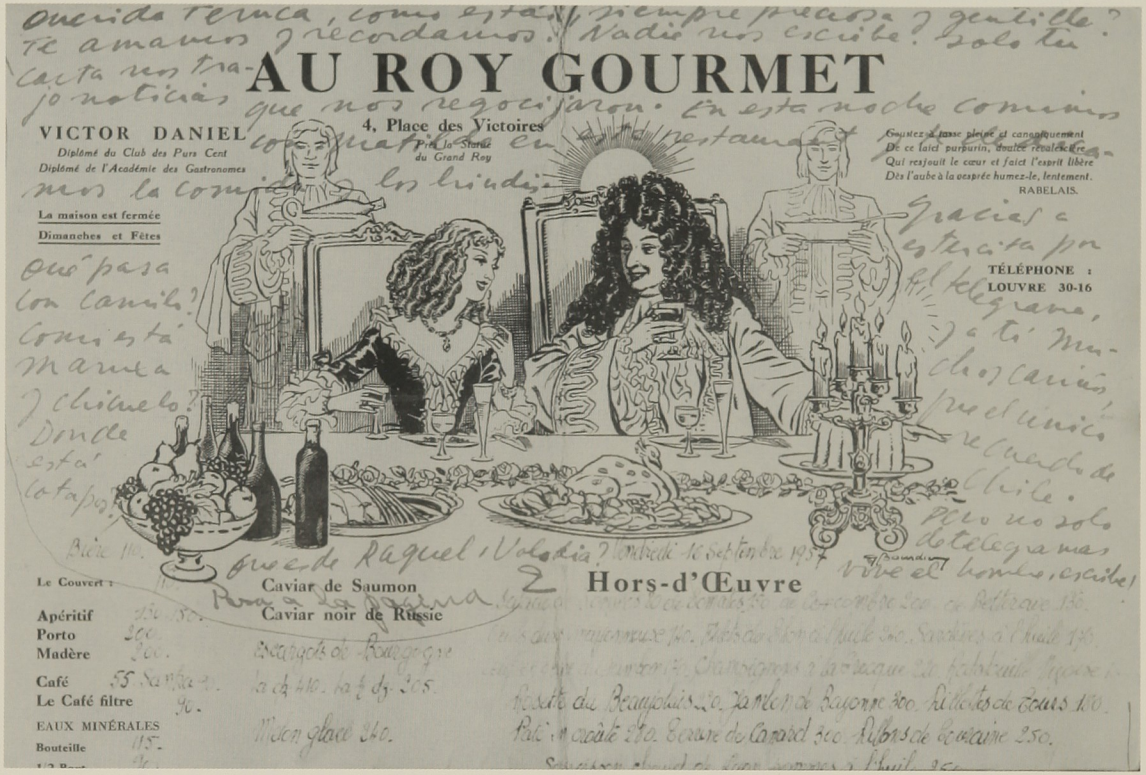
Si el poeta y yo estábamos sanos, íbamos a la Feria de la Avenida Argentina y subíamos por el ascensor Polanco para contemplar los barcos del puerto.

Una noche estuvimos conversando en el living de mi casa y me pareció un hombre atrayente. Sobre la mesa de centro yo tenía una cajita de opalina celeste y de repente él la tomó y, repasándole las esquinas de la tapa, gritó:

¡Esta caja es mía!

A mí me extrañó que lo dijera en forma tan abrupta. Nada repliqué. "Sí, porque se las roban y después andan vendiéndolas en los anticuarios".

A los pocos días, se realizaba una reunión del Congreso Latinoamericano de Escritores y Margarita Aguirre me pasó un paquetito y agregó:



Menú con anotaciones que remitía Neruda a la autora

Le caíste en gracia a Pablo.

Apenas lo abrí, hallé una maravilla: una mariposa tornasolada de color turquesa brillante con magia y seducción. La conservé hasta que mis niños destruyeron la jaula y... murió la mariposa. A los escasos días, me regaló otra cajita de opalina y ésta sí que presentaba las esquinas quebradas. Así, sin sentirlo, surgieron simpatía y camaradería.

Nos deteníamos ante una vitrina y decíamos:

A ver, a ti ¿qué te gusta?

Y era cómico, los dos al mismo tiempo señalábamos idéntico objeto.

Amaba rodearse de personas creadoras, que permanentemente lo entretuvieran, como en un escenario. Nos comprendíamos sin hablar. Él, travieso, cerraba los párpados y reía por el rabillo del ojo. Todo lo arreglaba con la poesía. Poseía una inteligencia cautivadora, rica, plena de imaginación. Una palabra empujaba a la otra; el conjunto de dos palabras poseía tal dramatismo: el efecto, la musicalidad, el sentido, la doble atmósfera, el preciso toque, obligaban a olvidarse de todo.

Neruda jamás empleaba la rudeza. De costumbre, pedía sin nerviosismo, imponiéndose como si lo que tú ibas a realizar por él, le fuera a producir una dicha extraordinaria. Uno se complacía de este sentimiento de niño regalón.

¿Vamos a Fray Jorge? me invitó Neruda.

Me pareció magnífica idea.

Nuestro grupo excursionista lo formaban María Martner, muralista de temperamento vital, su esposo, el doctor Pancho Velasco, un médico sencillo, callado; Matilde, más alegre que nunca; un matrimonio uruguayo, los Mántaras, cineastas, con dos de sus hijos, y nuestro poeta, titánica fuerza de la naturaleza, con un poderoso júbilo de vivir, a quien le interesaban el paisaje, la gente, las comidas. Nada escapaba a su aguda sensibilidad ni a su perspicacia, motor de nuestras voluntades. De su

Neruda, el matrimonio Velasco-Martner y la autora

calor humano nos nutríamos cada día, recibiendo por cada poro la sabiduría, el amor, la dicha y la belleza.

Hay que escuchar al botánico de Fray Jorge dijo el poeta al entrar en una farmacia de Ovalle. Este es Giles. Comerá con nosotros y, como es un sabio, nos enteraremos de muchas curiosidades.

Mientras se compraban comestibles para el picnic, nos retratamos en la plaza.

Comenzamos a trepar la escarpada colina, entre pimientos y chañar que rompían la monotonía de los cactos y espinos de flor blanca. Vegetación arisca, avara, pedregosa. Las nubes coronaban los bosques vírgenes que cubren como cincuenta mil kilómetros cuadrados. Abajo, muy lejano, veíamos el Limarí desembocando en el océano y, a un costado, la cumbre del Talinay.

Penetramos en la selva, en la locura vegetal, en la belleza excepcional de la humedad botánica. Allí estaban los olivillos, canelos, robles, arrayanes; la crepitante hojarasca escondiendo los musgos, los minúsculos helechos, la medallita roja; saltar del canelo al arrayán. Y apenas salimos de allí, la misérrima vegetación nos circundó. Nos sentimos en pleno desierto.

Sucedió en una ocasión que fuimos con Laurita Reyes y Neruda al Mercado Persa y nos entretuvimos en ver cachureos y las prendas expuestas para adquirir. De pronto él me dice:

Ese vestido te quedaría a tu cuerpo. ¿Por qué no lo compras?

Pero ¿cómo se te ocurre que yo voy a usar un vestido ajeno ignorando de quién ha sido?

No seas loca, yo te lo voy a comprar.

De manera alguna lo usaría.

Pero la Patoja sí que sí. Se hace la adquisición y de inmediato se lo manda a la tintorería.

Llegamos felices a "La Chascona" con el paquete debajo del brazo. Yo, un poco escandalizada, aséptica, satisfecha de no haber caído en la tentación y Neruda, radiante de felicidad por entregar su regalo.

Apenas la Patoja recibió el vestido y conoció su procedencia, desapareció un rato y luego volvió con aquel traje de velo estampado que, con su colorina cabellera, la hacía lucir hermosísima.

Me regalaba libros en chino, en checo; otras veces, novelas, cuentos y poemas. Y como él sentía afición por las novelas policiales, me comenzaba a contar el argumento con las más intrincadas tramas y, una vez que yo me hallaba totalmente metida en el tema, se callaba...

Y sígueme contando...

No. Ahora te lo compras y lo lees.

En Concepción, me bautizó como "La Ola Marina" y así me dijo siempre.

Laurita Reyes y Homero Arce fueron dos seres indispensables en la vida de Pablo. Ambos eran tímidos, finos, y lo amaban y este amor los condicionaba en su conducta.

A Neruda le gustaba vestir de 'tweed', ponerse 'jockey', corbatas lisas, flacas, y mocasines.

Preparaba un cóctel al que le puso "Cotelón", una especie de bomba de coñac, naranja y champaña, para voltear a un elefante y de reacción inmediata. Fumaba en cachimba un tabaco rubio de aroma muy agradable, "Hillman", creo que era.

Una vez le llegó un auto Citroen. Realizamos incontables diligencias de

Aduana y lo que más nos refocilaba era sentir que las ruedas se empinaran y el auto tomara altura.

Me acuerdo de una época en que debió refugiarse, entrar en clandestinidad. Una noche me llamó y me pidió que lo llevara donde el pintor José Venturelli, porque desde entonces viviría "a salto de mata".

Los amigos que más recordaba eran Federico García Lorca y Acario Cotapos; a éste lo solíamos visitar llevándole vinos y ostras. Escuchábamos sus notas cacofónicas que él mezclaba con su genial inventiva.

De pronto, Pablo cambiaba la voz y le daba un sonido de falsete: según él, entonaba "Madame Butterfly".

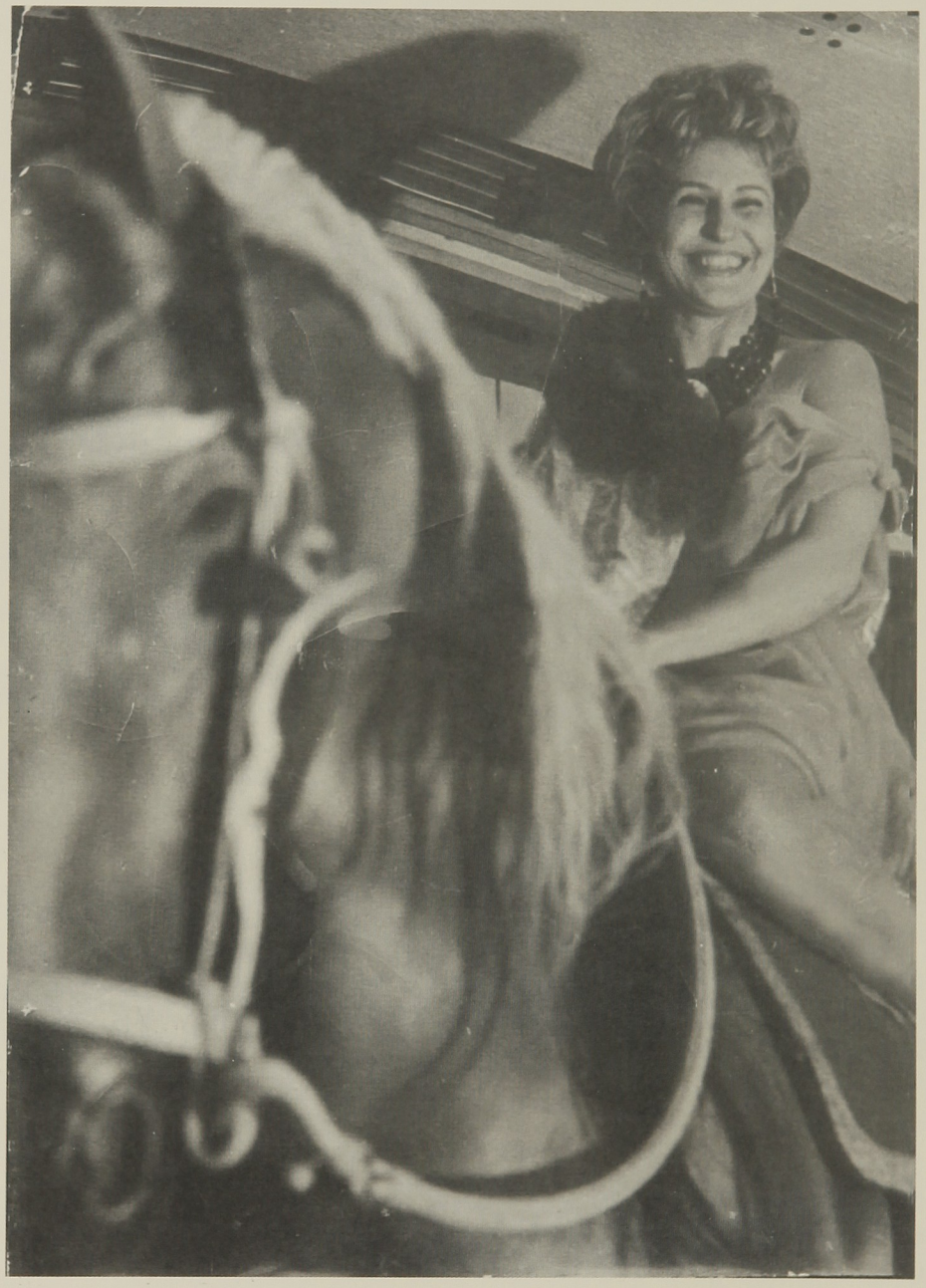
De tarde en tarde, le entraba el capricho de alojar en el Hotel Crillón y, por supuesto, me invitaban.

Por aquellos días me llegó una carta suya, urgente. Me pedía ir al aeropuerto de Cerrillos a buscarle un tucán y otro pájaro que pereció en el avión, para instalarlos en "La Chascona".

La "Panda", perra chow-chow, fue otra de sus regalonas y el amor fue recíproco, porque ella moriría de pena cuando él ya no estuviera.

Instalados todos los mascarones y las mascaronas de proa que fueron sus predilectos entre los visitantes de los océanos, se producía un coqueteo largo y constante. A una, la miraba, la acariciaba y le pasaba sus dedos envolventes: la llamó María Celeste.

Había comprado un hermoso potro temucano, de cartón piedra, que formaba parte de sus colosales regocijos. La noche de Año Nuevo, el 31 de diciembre, lo pasábamos juntos en "La Sebastiana" y en esos impulsos de alegría, tomándome en sus brazos, Neruda me montó arriba del inmenso percherón, mientras los amigos gritaban: "¡Lady Godiva!"



Teruca en el mítico caballo de Neruda

Cuando íbamos a Isla Negra, nos deteníamos en Melipilla, donde nos juntábamos en el restaurante al frente del Tattersall y comíamos sandwichs de lomo de chancho con pan amasado y bebíamos pipeño. Otras veces nos deteníamos en Pomaire y comprábamos gredas y canastos. Igual pasó en Chillán, al ir al Congreso Latinoamericano de Escritores, uno de cuyos organizadores fue Gonzalo Rojas, y se realizó en la Universidad de Concepción.

Colaboré en la revista "Ultramar" y en la "Gaceta de Chile". El Congreso Latinoamericano de Escritores nos renovó el oxígeno.

Para mí fue muy impresionante verlo sentado frente a la playa de Isla Negra escribiendo de su puño y letra: "¿Dónde estará la Guillermina?"

Nuevamente volví a juntarme con los Neruda en París.

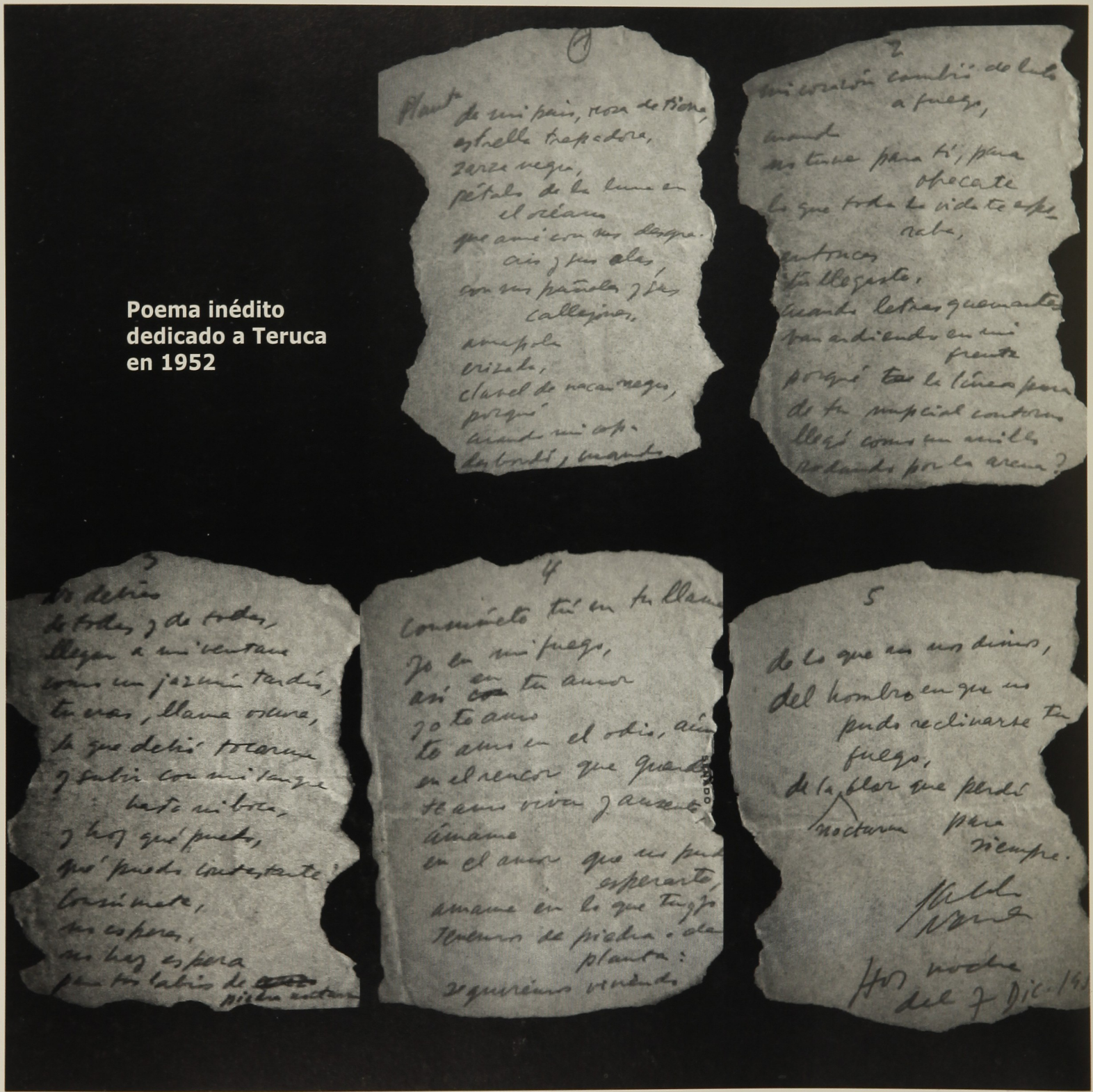
Neruda sabía que le darían el Premio Nobel y me entusiasmaba para quedarme, mas yo debía regresar antes.

En ese momento, habían inaugurado una exposición espectacular: "Le Bateau Ivre", una réplica de los talleres de pintores que tenían en Montmartre, con Picasso a la cabeza, Fernand Léger y tantos otros. Yo estaba entusiasmada por visitarlo con él, pero se sentía enfermo, pálido, lejano. Pidió el auto y salimos por la autopista a relativa velocidad, entremedio de ese paisaje brumoso, gris y lloroso hasta las lágrimas. ¡Qué desolación nos embargaba! Debe haber estado bajo el efecto de alguna inyección, pues llegando de regreso a la Embajada se acostó. Esa fue la segunda vez que lo vi triste.

La primera, fue al fallecer Paul Eluard. Se entristeció hasta la mudez, sentado en el sillón sin musitar palabra. Otros, cuentan, hablan del personaje amigo, describen su personalidad y transmiten las características que lograron estrechar esa amistad, pero este callamiento era una angustia que le apretaba el corazón y lo mataba. Traté dos veces de animarlo y nada respondió. Lo dejé solo: tiene pena agria, me dije, comprendiéndolo.

Y la tercera vez que lo vi mal, fue para el golpe de Estado, al borde de la muerte. Sobraban motivos, pero aún se veía en él al hombre batallador. Desde ese momento pasó a la inconsciencia (seguramente por efecto de la morfina).

Poema inédito dedicado a Teruca en 1952



1

Planta
de mi país, rosa de fiebre,
estrella trepadora,
zarza negra,
pétalos de la luna en
el arcano
que amé con tus largos
ojos y tus alas,
con tus pañales y tus
callejones,
amapola
erizada,
clavel de vacas negras,
porqué
cuando mi opio
de bondad, cuando

2

mi corazón cambió de labio
a fuego,
cuando
me tuve para tí, para
ofrecerte
lo que toda la vida te esperaba,
entonces
tú llegaste,
cuando letras quemantes
tan ardientes en mi
frente
porqué tus líneas para
de tu especial contorno
llegó como un anillo
rodando por la arena?

3

Te debías
de todos y de todas,
llegar a mi ventana
como un jazmín tardío,
tu eras, llama oscura,
la que debió tocarme
y subir con mi sangre
hasta mi boca,
y hoy qué puedo,
qué puedo contestarte?
Consúmete,
tus esperas,
me hacen espera
en tus labios de
piedra ardiente

4

Consúmete tú en tu llama
yo en mi fuego,
así en tu amor
yo te amo
te amo en el odio, aún
en el rencor que quiere
te amo viva y ausente,
ámame
en el amor que me pue
esperante,
ámame en lo que tengo
tenemos de piedra - de
planta:
queremos vivendo

5

de lo que en mis dientes,
del hombro en que me
pudo reclinarte tu
fuego,
de la flor que perdí
nocturna para
siempre.

Pablo
Neruda

Hoy noche
del 7 Dic. 19

Ester Matte, Francisco Coloane, Matilde Urrutia y Teresa Hamel junto a los restos de Neruda a quien la autora acompañó en el momento de su muerte
(Archivo Fundación Neruda)

Esta amistad que pareciera tan superficial la compartimos hasta la muerte y estoy orgullosa de que así haya sido, pues me entregó su última sonrisa en esa inefable tranquilidad que se da en el hombre que ha cumplido su plazo de "residencia en la tierra".

Matilde se dedicó por entero a la causa de la Democracia. Participó con las madres de los desaparecidos, en las protestas callejeras, en los desfiles, en los encuentros relámpago, en todo cuanto su figura fuera significativa, sin restarse a las declaraciones para la prensa o las protestas escritas.

Organizó el Caupolicanazo, grandiosa manifestación de mujeres por la democracia.

Para los aniversarios de Pablo se quedaba en el Cementerio hasta tener la certeza de que ningún participante había sido apresado y si lo había, iba a las comisarías y esperaba hasta su liberación.

Y como broche de oro, creó la Fundación Neruda, cuyos propósitos sus representantes realizan con dedicación y esmero.

¡Es curioso! Yo que tuve tanta simpatía, cariño y admiración por Neruda, sentía que algo de Pablo se le había traspasado a Matilde y comencé a entenderla, a quererla...

La soledad clava hondo en medio de la tristeza. Ese verano, la Patoja y yo estábamos comiendo con la ventana abierta en "La Chascona", tratando ambas de reponer nuestro lamentable estado de ánimo. Habíamos caído en un pozo de silencio, cuando de repente sentí que un animal pasaba con su pelaje frotando mis piernas. "¡Tienes un gato!", murmuré aterrada, mirando bajo la mesa.

Aquí no los hay. Debe ser alguna caricia que te hace Pablito, dijo Matilde, muy tranquila.

Reímos y tropezamos en ese intervalo del alerta y oímos claramente la voz gangosa de Pablo que venía de la noche: "¡Patoja! ¡Patoja!"

JULIO CORTAZAR

Un día, de regreso, fuimos a tomar el té con el entonces Intendente de Santiago, Julio Stuardo, la misma noche que se le ofrecía un baile a Salvador Allende y a Tencha Bussi.

Al día siguiente fue la recepción a todos los artistas e intelectuales que venían a ver y disfrutar el hecho único de un presidente de la república progresista y democráticamente aceptado.

Santiago estaba invadido de periodistas y cada uno deseaba hacerle una pregunta al escritor Julio Cortázar. La juventud ardiente, a su vez, trataba de acapararlo. Dio buenas entrevistas y los muchachos quedaron satisfechos.

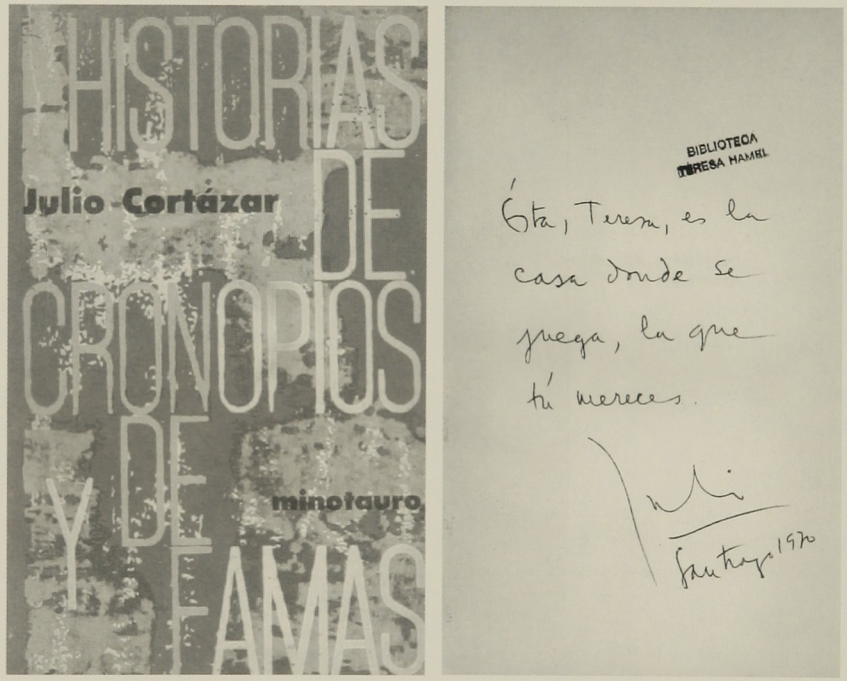
Ya nadie se llamaba Pedro, Juan, Diego o Perico. Todos eran Cronopios o Famas.

Conocí a su compañera. Ya no nos volveríamos a ver en Chile.

Cuando ocurrió la horrible tragedia que nos sacudió hasta los cimientos, yo tuve a Julio Cortázar a mi lado a través de sus cartas, de su apoyo, su fuerza y su cariño.

Tal vez por eso, al leer la convocatoria al Certamen Internacional de Cuentos "Julio Cortázar", yo tan reacia a participar en concursos me entusiasmé con la idea de enviar uno de mis trabajos. Quizá desde antes algo en mí, latente, estaba aguardando la sorpresa. Se comprenderá cuál fue mi impresión al saber que un cuento mío había ganado el concurso. Se trata de ***"Dadme el derecho a existir"***,

publicado por la Editorial Aconcagua en 1985. La medalla que recibí en esa ocasión la conservo como un bien precioso.



Dedicatoria de **Historias de Cronopios y de Famas** de Julio Cortázar a la autora.

GONZALO TORO GARLAND

Mucha influencia tuvo en mi vida Gonzalo Toro Garland. Gran sensibilidad e inteligencia. Recia personalidad, intransigente en sus ideas, por ellas fue perseguido hasta su horrible y misteriosa muerte de la cual tendrán que dar cuenta ellos, los verdugos. A mi juicio, fue un idealista. El hecho de poseer ideología y persistir en ella, le valió el asesinato, en circunstancias que él era incapaz de matar un ave.

Un día me anuncian anónimamente que a Gonzalo lo habían baleado en la calle. Con seis tiros le habían perforado el cuerpo y estaba en el Hospital Militar. Pido a alguien que me acompañe, se niega. Sigo sola, llego hasta la puerta de los presos políticos, hay una cortina. Un soldado, con un cuaderno sobre una mesa y una silla, me impide traspasar la cortina, debo traer un permiso autorizado. Imposible obtenerlo.

La señorita Lapislázuli había llegado del Norte y por una casualidad del destino le habían ofrecido vender fruta frente al Hospital. Clientes no le faltaban. En los ratos desocupados aprovechaba para transformar las medias nylon en camisetas para el frío. Esta actividad se convirtió en un hábito desempeñado durante el invierno, junto al brasero, dejando la puerta entreabierta. Pero el hombre no apartaba de allí su mirada inquisidora.

Me pregunto por qué lo balearon. Moribundo, lo revivieron, lo operaron dos veces para devolverlo a la vida, a fin de someterlo quizás a qué tormentos. ¿Dónde lo trasladaron?

Acudo al edificio "Diego Portales", me entrevisto con su primo bien amado, Marcial Toro, coronel de la aviación, que me informa el "porqué". ¿Dónde lo balearon, con qué motivo, de qué se le acusaba, cuáles eran sus delitos? Sonriente, trata de

tranquilizarme. Le otorgaron la libertad. Lógico que tratara de cruzar la cordillera: "ellos conocen esos pasos desprovistos de vigilancia". Me aconseja buscarlo en el extranjero. Lo miro sin darle crédito a sus palabras.

Voy al Comité de Solidaridad. Hablo con Javier Egaña y con Pedro, un amigo nuestro.

¡Lo han matado! No te enajenes.

Pero me aferro a un resquicio de esperanza y salgo a Europa en su busca. Por supuesto, nunca he sabido dónde yacen sus huesos ni por qué lo eliminaron...¿Lo lanzaron al mar?

En una playa desierta, Gonzalo Toro y Teruca

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
DON EMILIANO FIGUEROA	17
REÑACA	19
LA QUINTA VERGARA	24
PERICO VERGARA	27
MI PADRE	29
ALCALDE DE VIÑA	34
MI MADRE	38
PRIMEROS PASOS	41
VIAJE A FRANCIA	43
LA ESCOLAR	46
DON ANDRES SCOTT	49
EL ENCANTO	53
EL RINCON DEL CHANCHO	54
LAS ZORREADURAS	55

RIÑA DE GALLOS 59

ALZAMIENTO DE LA MARINERIA 60

FIESTAS, TULULOS, OTROS PAJAROS 63

CHEC CHICO 65

LAS MODAS 66

ELVIRA SANTA CRUZ 68

YO, MUJER 69

LOS DI GIORGIO 72

PACHUCO DE LA FUENTE 74

LUNA DE MIEL 75

LA PRECIOSA SANGRE 79

LA LEONA JULIA 80

CORRIDA DEL VENADO 81

PABLO NAVARRO 82

INCENDIO 83

CASAS 85

EL QUISCA 87

TRAGANDO LA MEDIOCRIDAD 89

APRENDIZAJE - ENCUENTRO CON GABRIELA MISTRAL 90

ENTRE ESCRITORES 93

ARMANDO CASSIGOLI 97

RICARDO LATCHAM 101

MARTA JARA 103

PABLO NERUDA 109

JULIO CORTAZAR 127

GONZALO TORO 129

Obras publicadas por la autora: ***Negro*** (cuentos), 1950; ***El Contramaestre*** (cuentos), 1951; ***Gente Sencilla*** (cuentos), 1958; ***Raquel Devastada*** (cuentos), 1959; ***La Noche del Rebelde*** (novela), 1969; ***Verano Austral*** (viajes), 1979; ***Las Causas Ocultas*** (cuentos), 1980; ***Quien es quien*** (Biografía), 1981; ***Dadme el derecho de existir*** (cuentos testimoniales), 1984; ***Leticia de Combarbalá*** (novela), 1988 y ***Las Cien Ventanas*** (cuentos), 1992.

Antologías: Su cuento ***Puerta del sol***, en la "Antología del Cuento Chileno Moderno" de María Flora Yáñez. (Editorial del Pacífico, 1958). El cuento ***Forastero de si mismo*** fue incluido en la "Antología del cuento hispanoamericano" del crítico Ricardo Latcham (ZigZag , 1962)

Premios: Segundo Premio Concurso Gabriela Mistral, por la novela ***La Noche del Rebelde ;*** Primer Premio Internacional Julio Cortázar (Argentina), por su obra ***Dadme el derecho a existir*** y Premio Concurso Nacional de Cuentos Revista Paula, por su cuento ***La Rucia Guzmán.***

ALGUNOS COMENTARIOS A SU OBRA

La cuentista y novelista viñamarina Teresa Hamel es tan importante como María Luisa Bombal, pero no se le ha tomado en cuenta para nada. Tiene elogiosos comentarios de críticos extranjeros y yo analizo su obra, que es una prosa surrealista muy interesante. Claudio del Solar en su "Diccionario crítico de la literatura chilena".

La contribución que Teresa Hamel aporta al relato chileno es adecuada para enriquecer un panorama demasiado ceñido a lo tradicional. Ha creado en ella propiamente lo que podría denominarse inventiva rutinaria para sustituirse por variaciones temáticas de gran potencialidad. Ricardo Latcham, crítico literario.

Teresa Hamel es la escritora de la amenidad. Ni hombre ni mujer la igualan en esto. Nos coge el interés desde la primera línea y aunque luego nos tira de bruces y sin transiciones en la fantasía y el más puro absurdo, la seguimos fascinados. Benjamín Subercaseaux, Premio Nacional de Literatura.

Narra Teresa Hamel con facilidad, deslizándose en esa comarca que deslinda con otro mundo, allí donde el poeta conoce el sortilegio y encuentra el poder de su propia música. Angel Cruchaga Santa María, Premio Nacional de Literatura.

El caso de Teresa Hamel es realmente singular. Es el instinto seguro de la belleza, Es el cateador de la mina que dio con el reventón portentoso, y que a ratos encuentra la veta, la guía que ilumina su ansiedad y le pone el pulso tremante. Luis Durand, Premio Nacional de Literatura.

Teresa Hamel narra con una facilidad pasmosa Y sus narraciones tienen el acento caliente de la confidencia. Parece que nos cuenta un secreto. Daniel de la Vega, crítico literario, Premio Nacional de Literatura.

Teresa Hamel posee una gran sensibilidad, sabe llorar con los que lloran y reír con los que ríen, de manera que en su espíritu compasivo, por encima de la liviandad de los temas, ella vibra con la miseria humana en sus más variadas expresiones. Fidel Araneda Bravo, crítico literario.

Teresa Hamel es hábil, sabe qué hacer y cómo hacer. Su prosa llega a la poesía sin recurrir a la "pomada" de Maurice Barrés. Filebo, crítico literario.

Teresa Hamel sabe, diestramente, atar los hechos y la energía de sueño que el escritor debe arrancar de las palabras. Es su victoria. Andrés Sabella, crítico literario.

Cuán injusto es que no se hubiese valorado aún a una escritora tan valiente, original y de personalidad tan definida como Teresa Hamel. Es de esperar que la juventud la descubra y la valore como se merece. Virginia Vidal en "Anaquel Austral" periódico digital.